

Lou Carrigan

LA TERCERA DE LA IZQUIERDA


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

LA TERCERA DE LA IZQUIERDA

Colección LA HUELLA n.° 34
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 16125-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: junio, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

La rubia estaba muy lejos, nada menos que en la otra punta de la barra del Selim Club, pero como estaba imponente, y Milton Kovacs era hombre de ideas lógicas, agarró su vaso, se fue para allá, y tras instalarse a su lado la obsequió con la más simpática de sus sonrisas, mientras decía:

—Hola, nena. ¿Ligamos?

La muchacha le dirigió una mirada lenta, y tan fría, que Milton pensó que bastaba poner el vaso de *whisky* delante de sus ojos para ahorrarse el hielo.

—¿No ligamos? —se sorprendió Milton—. Bueno, tú te lo pierdes: te advierto que soy un tío simpático. Reflexiona, nena. Voy a tener la magnanimidad de concederte medio minuto.

Bebió un sorbo de *whisky*, encendió un cigarrillo, y se volvió hacia el escenario, haciendo girar el taburete. En el escenario había un tipo muy elegante y una chica en bikini, que, dicho sea de paso y a juicio de Milton Kovacs, también estaba como un tren de lujo. Pero allí, el que tenía mérito era el tipo elegante.

A pesar de que la chica estaba en bikini, y a pesar de que la pieza superior de dicho bikini era casi tan pequeña como un antifaz, el sujeto elegante se estaba volviendo loco sacando ramos de flores del atractivo escote. Era algo increíble. Porque, a fin de cuentas, si la chica hubiese llevado un abrigo, pues debajo podía tener ocultas las flores, pero con aquel bikini no podía tener oculto allí ni un fósforo. Así que no tenía oculto nada. Nada. Y el tipo venga sacar flores, y flores, y flores…

—A ver si se equivoca —dijo Milton mirando a la rubia—, y en vez de las flores le saca el bikini. Aunque la diferencia no sería demasiada, ¿verdad, rubia imponente?

Ella ni siquiera le miró. Estaba bebiendo alguna de esas porquerías refrescantes con burbujas que a Milton le habían producido siempre dolor de vientre. Todos aquellos brebajes dulzones y burbujeantes lo ponían enfermo. Enfermo de verdad. Sentía tales retortijones cuando los bebía que un buen día decidió que lo único que bebería en adelante sería el inimitable papá *Whisky*.

—Hay tipos que se lo piensan todo. Porque vamos a ver si no: con el cuento de las flores, ese sujeto tiene montado el mejor pretexto del mundo para andar buscando en todos los escotes del mundo. ¿A que sí, nena? Oye —miró su reloj—: ¡qué está pasando tu medio minuto! Como final de comentario se me ocurre añadir que si ese tipo buscase flores en tu ropa se iba a quedar manco: se le helaría la mano… ¿Estás enferma? Porque sólo estando enfermo se puede andar por la vida con esa seriedad, hijita… ¡Hay que ver qué cara! Me recuerdas a la suegra de un sargento que tuve en la U.
S. Navy.
¡Pobre sargento Leman! Era un ogro, ¿comprendes? Un tío de esos que se pasan la vida gritándoles cosas a los reclutas, y hasta a los veteranos. Por allá le teníamos más miedo que a una noche de juerga sin *whisky*. ¡La de buenas juergas que nos corríamos…! ¡Ah, qué tiempos, qué tiempos…! Un día me llevé tal alegrón que lo celebré dejando de beber *whisky* una semana. Verás: estaba yo en el cuartel, tan tranquilo, cuando entró el teniente Forrester… ¡Aquél sí que era un caballero! Bueno, pues el teniente Forrester andaba buscando al sargento Leman, pero no lo encontraba. Entonces, tan exquisito siempre él, pidió si alguno de nosotros sería tan amable de ir a buscar al sargento Leman. Y como a mí, el teniente me caía bien, pues me ofrecí en seguida. Me fui allá, la mar de contento, porque a mí me gusta ser servicial con la gente simpática. Bueno, ¿quién dirías que me abrió la puerta?, ¿eh? ¿Eh? ¿Quién dirías?

La rubia lo estaba mirando, quizá menos fríamente, pero inexpresivo el rostro.

—Pues hija, es una lástima —movió la cabeza Milton—. Conocí hace tiempo a otra chica mudita, como tú, pero con ella nos entendíamos por señas. En tres semanas aprendí a hacer más gestos y muecas que un tipo al que le han pisado un callo… Sólo te diré que después de esto, en la U.

dejaron todo eso de las señales con banderitas y con el semáforo: me ponían a mí en el puente del barco, y me decían: Oye, Milton (porque yo me llamo Milton, ¿sabes?), diles a los del otro barco que son unos memos. Entonces, yo me ponía allá, y empezaba a hacer gestos y muecas. Imagínate si lo haría bien que un día los del otro barco agarraron tal cabreo que nos dispararon un cañonazo… ¿Qué te parece? ¡Vamos, mujer, sonríe! ¿Te debe algo la vida? ¡Pero si no puedes pedirle más…! Eres joven, guapísima, rubia, con los ojos divinamente azules, la boquita como una flor de amanecer, el cuerpo de una diosa de la Mitología, vistes con elegancia y buen gusto, parece que no te falta un dólar para pedir porquerías en la barra de un club… ¡Hija mía!, ¿qué más quieres?

Milton Kovacs se quedó mirándola, expectante. Pero nada… La rubia seguía inexpresiva.

—Cascaras —se rascó Milton la coronilla—. Eres todo un hueso, ¿eh? Pues yo no me acuesto hoy sin haberte visto sonreír, que para eso venimos al mundo. ¡Un momento…! —Apareció en sus ojos una expresión de alarma—. ¿No serás una de esas muñecas hinchables? Ya sabes, se sopla, y de un montón de goma se consigue la forma de una chavala tremenda. En cierta ocasión, un amigo mío… No, eso no te lo cuento, porque a lo mejor resulta que aún eres menor de edad, y me la cargo. ¡Cu-cú! —Agitó los dedos en el rostro de la muchacha—. ¡Hola, nena! Nada… ¿A que estoy haciendo el cateto largándole la conferencia a una muñeca de goma? Y el caso es que tendría que saber dónde venden estas muñecas, porque si son como tú, me compro una docena, y ¡hala!, a vivir como un sultán. También tuve una vez un amigo que era sultán. ¡Aquello fue la monda! Verás, una vez que le visité en su palacio de Sultanato privado de Chicasmonas, él me dijo… No. Eso tampoco te lo cuento. ¿Qué podría contarte yo…?

El sujeto elegante había terminado de sacar flores, y el público comenzó a aplaudir. La rubia también lo hizo, y Milton quedó estupefacto.

—¡Atiza, pues no es de goma la nena! Entonces, te voy a contar lo del sargento. ¿Quién dirías que me abrió la puerta de la casa del sargento…? ¡Pues el propio sargento Leman! Llevaba en la cabeza uno de esos pañuelos que os ponéis las mujeres cuando hacéis

limpieza, para que no se os llene el cabello de polvo. Y una bata que era una preciosidad, tan floreada. Además, arrastraba un aspirador… Total, que luego supe que él creía que quien había llamado era su esposa, que regresaba de hacer sus ejercicios de tiro al blanco, o de Su clase de
kung-fu,
y por eso abrió la puerta… Al verme a mí, se quedó pálido, el hombre… Por un momento, tuve la intención de hacerme el tonto, como si no me diese cuenta de la facha que tenía el terrible sargento Leman, pero, al instante siguiente, recordé lo hueso que era, y me dije que no volvería a tener en toda la vida una ocasión como aquélla para darle en medio de las narices. Así que sonreí amablemente… ¿Ves? Como ahora… Sonreí amablemente, y le dije: «Buenos días, SEÑORA Leman. ¿Será tan amable de decirle al sargento que el teniente Forrester quiere verlo con urgencia?».

La rubia se mordió los labios, tensó el cuello, desvió la mirada de los ojos de Milton… Hizo cuanto pudo. Pero, finalmente, soltó una deliciosa carcajada, que disolvió el hielo de sus ojos. Milton Kovacs quedó estupefacto.

—¡Atiza, lo he conseguido! ¡Soy genial, soy invencible, soy un tío cachondo…! ¿Cómo va la vida ahora, nena?

—Bien —rió ella—. ¡Bien!

—¡Y hasta habla y todo! Vamos a ver… Di: «Eres un tipo encantador, Milton».

—Eres un tipo encantador, Milton —volvió a reír la bella rubia.

—¡Estupendo! ¿Ligamos?

—Bueno —aceptó ella.

—¡Magnífico! —De pronto, Milton puso cara de pena y miró su reloj—. ¡Oh, cuánto lo siento, nena! ¡Se te pasó el medio minuto!

Agarró su vaso, y se fue de nuevo al otro extremo del mostrador. Allá, pidió otro *whisky*, y, mientras esperaba que se lo sirviesen, echó un vistazo a la muchacha. La vio roja como un tomate… Esperó su *whisky*, agarró el vaso, y volvió a colocarse junto a la rubia preciosa. La miró, sonriendo simpáticamente, y dijo:

—Hola, nena. ¿Ligamos?

—Es usted… es usted un… ¡un estúpido!

Milton Kovacs frunció el ceño. De nuevo se fue al otro extremo del mostrador, bebió un sorbo, y por tercera vez fue a colocarse

junto a la muchacha.

—Hola, nena —sonrió amablemente—. ¿Ligamos?

—Está bien —murmuró ella.

—Me llamo Milton. ¿Y tú?

—Melisa.

—¿Un cigarrillo, Melisa? —Sí, gracias.

—¿Ves, mujer…? Las nenas tienen que ser educadas. Ahora, tío Milton te encenderá un cigarrillo, luego te hará comprender que la vida es hermosa, y para terminar, te invitará a champaña, para celebrar el término del contrato.

—¿Qué contrato? —Frunció ella el ceño. Milton encendió dos cigarrillos, le tendió uno a la muchacha, y encajó el otro entre sus dientes—. El contrato del seguro. —¿Qué seguro?

—Ah, pero…, ¿tú no quieres hacerte un seguro de vida?

Melisa quedó atónita. Luego, movió negativamente la cabeza.

—No —rió—. ¡No!

—Hoy no es mi día —refunfuñó Milton—. Te lo voy a explicar, a ver si te apiadas de mí. ¿Tú conoces a las *Boom-boom* Girls?

—Claro. Es el conjunto de chicas que va a salir a actuar dentro de un momento, como cierre del espectáculo de la noche.

—¡Exacto! Ocho bombones con unas piernas sensacionales… Luego hablaremos de las tuyas. Bueno, pues hace tres meses les hice un seguro a las *Boom-boom* Girls; si alguna de ellas tenía durante estos tres meses de actuación en Miami algún contratiempo de cualquier clase que le impidiese trabajar, ¡zas!, mi compañía le soltaba un montón de billetes de mil. Mucho dinero. Hoy, último día del contrato, nada ha sucedido, y cuando bajen por última vez las piernas, el compromiso de la Southern Insurance con ellas habrá terminado. Y también el contrato por el que yo vengo cobrando una linda comisión. Así que hace un rato fui a ver a las chicas, y les dije si querían renovarlo, aunque fuesen a trabajar a Pekin. ¿Sabes qué me contestaron?

—Que no.

—Exactamente. ¡Y yo necesito hacer un seguro a alguien esta noche, vida mía!

—¿Por qué?

—Porque estoy harto de hacer seguros.

Melisa parpadeó, desconcertada.

—Me parece que no entiendo eso.

—Te lo explicaré. Si mañana tengo hecho un seguro, dejaré de ser agente de seguros, y pasaré a ocupar, dentro de la misma compañía, un empleo que me gusta mucho más: inspector de seguros. Es decir, que en vez de andar por ahí persiguiendo viudas para que me firmen una póliza, seré todo un señor investigador. Se acabó eso de hablar, y hablar, y hablar… ¡Se acabó!

—Ya entiendo… ¿y cuál sería tu nuevo cometido?

—Pues, supongamos que yo te hago a ti un seguro, y que tú te las quieres dar de lista engañando a la compañía para cobrar unos dólares. Entonces, vengo yo, y empiezo a meter las narices por todas partes, para oler el posible fraude. ¿Captas?

—Sí. Una especie de detective.

—Algo así…, pero en elegante. ¡El sueño de mi vida, nena! ¿De verdad no quieres hacerte un segurito? ¡Vamos, anímate, piensa que puedes morir en cualquier momento!

—¡Caramba! —Respiró Melisa—. ¡Eso no encaja con tu optimismo! Y por otra parte, si me muero, ¿para qué quiero el dinero?

—Para tu familia.

—No tengo familia. Estoy sólita en el mundo. —Bueno, pues hazte un seguro de belleza. ¿Qué te parece?

—¿Un seguro de belleza? ¿Se puede hacer?

—¡Claro! Tú eres guapísima, te lo digo yo, que entiendo de esto. Pero, supongamos que te quemas la nariz al encender un cigarrillo, o que un día, al querer señalar una preciosa nube o una mariposa, vas y te metes un dedo en un ojo, y te lo saltas, de modo que te quedas tuerta… Ya no serías tan linda, ¿verdad? Bueno, pues mi compañía va y te suelta un fajo de billetes, por haber dejado de ser linda.

—No está mal —admitió Melisa.

—¿No está mal? ¡Está colosal! Y en tu profesión, hay que estar siempre en forma.

—¿Por qué? —se sorprendió Melisa.

—Mujer, no vas a salir tuerta al escenario.

—Oh, Dios mío —se echó a reír Melisa—. ¡Pero si yo no trabajo en el escenario!

—¿Cómo? —Se pasmó Milton—. ¿No eres una actriz

cabaretista?

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Estoy esperando a una amiga.

—¡Atiza, qué plancha! ¡He metido la pata hasta el pescuezo, nena!

—No te desanimes… Eso del seguro de belleza ha despertado mi interés, de todos modos.

—Entonces…, ¿firmas?

—Primero tienes que convencerme —sonrió Melisa, maliciosamente.

Milton Kovacs alzó los brazos, como pidiendo clemencia al cielo.

—¡Oh, no! —gimió.

En aquel momento, comenzaron a apagarse las luces de la sala, quedando solamente unos cuantos pequeños focos en el mostrador, y las pequeñas lamparitas en las mesas delante del escenario-pista… Milton tenía fruncido el ceño, y Melisa sonreía. El ambiente del club nocturno era morisco, con grandes cortinajes y decoración adecuada… Por los altavoces fue anunciada la inminente aparición de las *Boom-boom* Girls… Cuando aparecieron, la sala vibró de aplausos.

Eran en verdad ocho sensacionales muchachas, de buena estatura, cuerpos sugestivos… Vestían, por el momento, como huríes, con largos mantos transparentes, y llevaban el rostro cubierto por un velo negro, de modo que sólo se veían sus ojos…

—¿Has visto antes el espectáculo? —preguntó Milton.

—No… Nunca había venido aquí antes. Si he venido hoy ha sido para hacer un favor a una amiga.

—Ah. Bueno, ya verás… ¿Las ves ahora tan vestiditas y tan púdicas?

—Sí…

—Pues cuando termina el jaleo solamente les queda encima el velo. ¿Qué te parece?

—Me parece que es cosa de ellas. ¿Van a bailar alguna danza oriental?

Milton soltó una risita… Justo entonces comenzaba la música. Ciertamente, cabía esperar algún ritmo árabe, pero la orquesta se lanzó con un ritmo trepidante que nada tenía que ver con el

decorado, y las ocho muchachas comenzaron a moverse a una velocidad increíble, agitándose como si una corriente eléctrica fuese de su cabeza a sus pies y viceversa. Más aplausos. Muy pronto los largos mantos transparentes saltaron por el aire, como gigantescas mariposas, de modo que las ocho muchachas quedaron con las piernas al descubierto. Comenzaron a moverlas arriba y abajo con una precisión simultánea verdaderamente admirable. Al poco, la transparente pieza superior de su atuendo seguía el mismo camino que los largos velos…

—¿Qué te parece? —Se inclinó Milton hacia Melisa.

—Psé…

—Conque «psé»… Bueno, bueno… Pues espera, que cuando queden sólo con el velo es cuando viene lo interesante.

Las chicas dejaron de agitarse, y se agarraron unas a otras pasándose los brazos por los hombros. Sus piernas subían rítmicamente a una altura increíble. Unas piernas preciosas, que parecían de seda dorada…

Y de pronto, una de las chicas, la tercera de la izquierda, se soltó de los compañeros que tenía al lado, cayó hacia atrás alzando aún más las piernas, rodó fuertemente impulsada, y fue a quedar de bruces, con la cabeza hacia el público.

La ruptura del armónico espectáculo resultó grotesco.

Las dos chicas recién soltadas perdieron el equilibrio, la de la punta de la izquierda casi cayó, y las otras parecieron querer salir tropezando por el extremo de la pista cercano a ellas. Recuperaron el equilibrio en seguida, y se quedaron mirando a su caída compañera…

—¡Carol! —exclamó Melisa, saltando del taburete.

La música cesó, y la sala quedó sumida en un sorprendente silencio de desconcierto. La muchacha caída en el suelo no se movía. Parecía que nadie fuese capaz de moverse.

Milton bajó del taburete, mascullando:

—Ya me extrañaba a mí que un seguro me saliese bien… ¿Qué demonios le debe pasar a esa chica?

Por fin, una de las compañeras de la muchacha caída se acercó a ésta. La imitaron en seguida las demás, que la rodearon. Sin dejar de farfullar, Milton comenzó a dirigirse hacia la pista-escenario.

Y así estaba, caminando, cuando del grupo de muchachas que

rodeaban a la caída brotó el agudo grito tremolante. Milton corrió, saltó al escenario, apartó a las huríes, y puso una rodilla en tierra, junto a la que estaba en el suelo. La habían vuelto boca arriba. Junto a ella, muy cerca, había otra, que se estaba mirando la mano derecha, manchada de sangre, y que de nuevo gritaba, gritaba, gritaba…

Tras un lento parpadeo mientras contemplaba la mano llena de sangre de la hurí arrodillada al otro lado del cuerpo de la tercera chica de la izquierda, Milton miró hacia el pecho de ésta, y vio el pequeño orificio, sobre el seno izquierdo.

Un pequeño y oscuro orificio por el cual iba manando la sangre lentamente, en poca cantidad.

Muy despacio, Milton Kovacs dejó de mirar aquel orificio, para dirigir su mirada hacia arriba y delante del escenario-pista, allá donde estaban instalados los focos.

—¡Que nadie salga del club! —gritó—. ¡Y que alguien avise a la policía!

CAPÍTULO II

El teniente Lippman, de la Sección de Homicidios del Pólice Department se acercó a Milton Kovacs, llevando en la mano izquierda un pañuelo desplegado sobre la palma, con un pequeño objeto brillante en el centro.

—Tenía usted razón, señor Kovacs —dijo amablemente—: hemos encontrado el casquillo de la bala.

—¿Estaba detrás de los focos? —preguntó Milton.

—En efecto. Le dispararon desde allí… Y puesto que nadie oyó nada parecido a un disparo por entre la música, es fácil comprender que habían colocado un silenciador al rifle.

—Bueno —murmuró Milton—. No será fácil saber quién disparó, pero puesto que nadie ha salido del club, el rifle tiene que estar dentro. Sólo hay que encontrarlo, y obtener las huellas que…

Chuck Lippman sonrió cortésmente.

—Le agradecemos mucho que usted haya controlado la situación hasta que llegamos nosotros, pero se está equivocando. Arriba, detrás de los focos, hay un pasillo, naturalmente. Al final de ese pasillo, hay una puerta que comunica con la azotea del edificio… La hemos encontrado abierta. Y como este edificio es de una sola planta, hemos podido calcular que la distancia desde la azotea hasta la calle no excede de cinco metros.

—Lo cual quiere decir que un hombre que quedase colgado en el borde de la azotea, sólo tendría que efectuar un salto de poco más de tres metros para caer a la calle —mascullo Milton.

—En efecto. En suma: el asesino ha escapado.

—Pues no quisiera estar en su pellejo, teniente. —Oh, estamos acostumbrados a trabajar con pocas pistas… ¿A qué se dedica usted, señor Kovacs?—. Soy agente de seguros.

—¿De veras? Bueno, debería haber siempre un agente de seguros como usted en todos los sitios donde pasa algo así. Ha sabido mantener un orden aceptable… ¿Me permite un momento?

Estaban en la pista, donde permanecía todavía el cuerpo de la hurí, cubierto con una manta. Alrededor, las personas que habían acudido aquella noche al Selim Club a divertirse un poco, permanecían silenciosas, esperando la decisión policial, después de que todas habían facilitado sus nombres y dirección.

Los focos habían sido apagados, siendo esta iluminación sustituida por la normal del local. Lippman se colocó donde le habían dicho que estaba la muchacha asesinada en el momento de saltar hacia atrás al recibir el disparo. Hizo una seña hacia el altillo de enfrente, donde estaban los focos, y uno de sus hombres apareció allí, haciendo ademán de apuntarle con un rifle.

—¡Es perfecto, teniente! —gritó.

Lippman asintió, y se volvió hacia el grupo de empleados del local que esperaban junto a la salida del escenario-pista.

—El encargado de las luces —llamó.

Un hombre de unos cincuenta años se acercó. Parecía bastante asustado. Se quedó delante de Lippman, mirándole con los ojos muy abiertos. Se pasó la lengua por los labios antes de decir:

—Soy yo…

—¿Cómo se llama?

—Gurley… Sam Gurley.

—Muy bien, señor Gurley; entiendo que usted maneja todas las luces de la sala. —Sí… Sí, señor.

—Por lo tanto, estaba atendiendo esos focos —señaló hacia arriba y delante— cuando dispararon contra la muchacha.

—Sí… Sí, claro.

—¿Y no vio a nadie arriba?

Gurley le miró estupefacto.

—No, señor… ¿Cómo había de verlo? Cuando los focos están encendidos es imposible ver si hay alguien detrás de ellos. Además, desde mi sitio de trabajo, yo no veo los focos.

—¿Cómo que no? —Se pasmó Lippman—. ¿Dónde trabaja usted?

—Pues ahí detrás —señaló Gurley hacia la salida de la pista—. Hay un tablero de mandos para el encendido y apagado de todas las

luces, incluidos los focos. ¿Quiere usted verlo?

—Desde luego.

Fueron los dos hacia allá…, seguidos por Milton, al que Lippman dirigió una mirada de amable extrañeza. Pasaron por entre los cortinajes, y, en efecto, fuera de la vista del público había un tablero de mandos eléctricos, con indicaciones escritas en cada uno. Desde aquella posición, Sam Gurley podía ver perfectamente el escenario, pero no al público, ni mucho menos, el pasillo voladizo donde habían sido instalados los focos.

—Entiendo —murmuró Lippman.

—Son focos fijos —dijo Gurley—. Si alguna de las actuaciones requiere que la luz siga al artista, entonces sí tengo que subir al altillo, para ir moviendo les focos que sean. Pero éste no era el caso. En realidad, eso se hace ya muy pocas veces, así que el señor Everitt hizo instalar este panel aquí, para trabajar con más comodidad.

—¿Quién es el señor Everitt?

—El propietario del local.

—¿Y no está aquí? —se sorprendió Lippman.

—Tiene otros dos clubs: el Whiskyrama y el
Sun & Moon.
Debía estar en alguno de ellos, y supongo que debe estar en camino hacia aquí, porque Sally se encargó de localizarlo para avisarle de lo sucedido.

—Claro. Bueno, hablaré con el señor Everitt cuando llegue. Veamos… ¿Tienen en su programación actual algún número que requiera la presencia de usted arriba, en el pasillo?

—No, señor. El único número comprometido en ese aspecto es el del mago que actuó antes que las *Boom-boom*. Pero solucionamos el asunto apagando un foco y encendiendo otro, cada uno con un color de luz diferente.

Lippman parpadeó.

—Cuando yo llegué, todas las luces eran iguales.

—Es que yo retiré las placas de cristal de colores después de la actuación del mago.

—Ah… Es decir, que usted estuvo arriba antes de que empezasen la actuación las chicas. O sea, antes y después de la actuación del mago.

—Sí, señor, claro.

—¿Y no vio a nadie?

—No… No, señor. Retiré las placas, volví aquí, y eso es todo lo que puedo decirle.

—Yo le diré algo más, señor Gurley: alguien subió al altillo después de que usted estuvo allí. Y el hecho de que esperase a que usted retirase las placas de colores parece indicar que conoce todo este… mecanismo de su trabajo. ¿No vio usted a nadie dirigirse a la escalera, quizá…?

—No señor, a nadie.

—Pues alguien subió.

—Quizá estaba en el tejado, esperando —deslizó Milton—, y salió al pasillo después de que el señor Gurley retiró las placas. De este modo, pudo subir con comodidad, escogiendo el momento más oportuno.

—Acertada sugerencia, señor Kovacs. La tendremos en cuenta. Dígame: ¿tiene usted algún interés especial en este asunto?

—Sí. La muerte de Katherine Ryder le va a costar a mi compañía unos cuantos miles de dólares… Yo les había hecho un seguro por tres meses, que era el tiempo que iba a durar su actuación en Miami. Y justamente en la última noche…

—Entiendo. Lo que no entiendo es a quién se refiere usted al mencionar a una señorita llamada Katherine Ryder.

Milton quedó como quien acaba de ver un portaaviones volando.

—¿No entiende a quién me refiero? —masculló por fin—. ¡Pues a la chica muerta, naturalmente!

—No se llama Katherine Ryder, señor Kovacs.

—¿Cómo que no? —Gruñó Milton—. Escuche, tengo una memoria estupenda, yo diría que privilegiada… Cuando se estableció el contrato del seguro se hicieron algunas especificaciones, y entre ellas recuerdo perfectamente que constaba incluso el orden en que las chicas salían a hacer su número… La tercera de la izquierda es… o era Katherine Ryder.

—Pues según yo tengo entendido, se llama Carol Larkin.

—¡Qué demonios de Carol Larkin! ¡Katherine Ryder!

—Carol Larkin, señor Kovacs.

—¡No hay ninguna chica llamada así en el contrato del seguro!

—Me temo que su memoria no es tan buena como usted cree, señor Kovacs —sonrió amablemente el teniente de Homicidios.

—¡Mi memoria es excelente! ¡Cuando yo dig…!

Se calló de pronto. Frunció el ceño, se mordió los labios, y bajó la mirada, tras parecer que iba a mirar a otro sitio.

—¿Está recordando algo revelador? —se interesó Lippman.

—No… No. Bueno… podríamos echarle un vistazo al rostro de la chica…

—Hace rato que le descubrimos el rostro, después de tomarle las fotografías… Pero —añadió rápidamente—, es cierto, usted no estaba lo bastante cerca para verlo. ¿Quiere verlo ahora?

—Me gustaría.

Volvieron a la pista. Se arrodillaron los dos, y Lippman alzó la manta con la que habían cubierto el cadáver. Milton miró el crispado rostro, y, velozmente, al policía.

—Ésta no es la tercera chica de la izquierda… No es Katherine Ryder.

—Ya le he dicho que se llama Carol Larkin.

—Pues ésta no está incluida en el contrato del seguro, así que…

—Supongo que todo esto debe tener una explicación… ¿Qué tal si les preguntamos a las demás chicas? Aunque. —Lippman alzó la cabeza para mirar a Sam Gurley, que los había seguido como un autómata—… quizá el señor Gurley nos lo pueda explicar.

—¿Yo? Claro que no… Yo sólo me ocupo de las luces. Por otra parte, cuando las *Boom-boom* hacen este número, a mí me parecen todas iguales, con esos velos…

—Comprensible. Oigamos a las demás chicas.

Las demás chicas estaban en el otro extremo de salida del escenario-pista, haciendo comentarios nerviosamente. Se callaron de pronto al verlos acercarse.

—Creo que fue alguna de ustedes quien me dijo que su compañera se llama Carol Larkin —musitó Lippman—. ¿Es así?

—Sí… Sí, desde luego —dijo una de las muchachas.

—El señor Kovacs. —Lippman lo señaló con el pulgar— dice que la tercera chica por la izquierda tenía que ser una señorita llamada Katherine Ryder.

—Sí, sí… Pero Katy está enferma, así que envió a Carol a sustituirla, pues no quiso que quedásemos mal por una actuación. Y como Carol lo hacía bastante bien, y era muy amiga del señor Everitt, no tuvimos inconveniente.

—¿Muy… amiga?

—Sí —sonrió rígidamente la muchacha—. Muy muy… amiga.

—¿Cómo debo interpretar exactamente eso?

—Como usted guste. Nosotras… Mire, ahí llega el señor Everitt. ¿Por qué no se lo pregunta a él?

Milton y el policía se volvieron. En efecto, un hombre cruzaba el local a toda prisa, procedente de la puerta. Un hombre de alrededor de cuarenta años, muy apuesto, atlético, impecablemente vestido de *smoking*. Estaba pálido, y parecía no ver nada a su alrededor… Se fue directo hacia donde estaba el cadáver, se arrodilló a su lado, y tras vacilar, alzó lentamente la manta. De pie en el extremo del escenario, Lippman y Milton le vieron morderse los labios, y quedarse con la mirada fija en el seno izquierdo de la muchacha, donde la sangre formaba ya una costra seca…

—¿Señor Everitt?

Éste alzó la cabeza, y vio ante él a Lippman, al otro lado del cuerpo. Dejó caer la manta, y se puso en pie.

—Sí…

—Soy el teniente Lippman, de Homicidios. Quisiera hablar con usted unos minutos, si no tiene inconveniente.

—No… No, desde luego.

—Parece usted muy afectado. Si prefiere esperar un poco…

—No… Estoy… afectado, sí, pero todavía más desconcertado. Cuando Sally me llamó…

—¿Sally?

—Es la encargada de los vestuarios de los artistas en el club.

—Ya. Entiendo que ella le localizó. ¿Estaba usted en otro de sus clubs?

—Sí. En el
Sun & Moon…
Bueno, Sally me dijo que… que habían matado a Carol en el escenario, mientras actuaba. Pensé que se había vuelto loca, pues hace tiempo que Carol no actuaba…

—¿Se había retirado?

—Sí… Sí.

—Era muy joven para eso, ¿no cree?

—Si está queriendo saber si fui yo quien la retiró, la respuesta es afirmativa, teniente. Así que ella no tenía por qué estar en el

escenario… Pero Sally me dijo que también ella se había sorprendido al enterarse de que iba a actuar. Resulta que la chica que tenía que actuar…

—Está enferma. Lo sabemos ahora. Su nombre es Katherine Ryder.

—Sí… Sí, eso es. Cuando supe que Katherine estaba enferma solo se me ocurrió pensar que no podría venir en el pequeño crucero que tenemos…, teníamos proyectado a partir de mañana, para descansar unos días después de tres meses de actuación, y antes de pasar a hacer sus números a otro de mis clubs. Bueno, creo que estaba como… atontado. Lo único que no entendía bien era que habían matado a Carol. Y es cierto —tragó saliva—. Es cierto, la han matado…

—¿No se le ocurre por qué?

Everitt le miró como si Lippman estuviese loco.

—¡Claro que no! ¿Por qué habían de matar a una chica que no hacía daño a nadie?

—Quizá por confusión —deslizó quedamente Lippman—. No olvidemos que la chica que tenía que estar en el tercer lugar de la izquierda es Katherine Ryder. ¿Tampoco se le ocurre quién y por qué querría matar a Katheryne Ryder?

Everitt parpadeó, estupefacto. Estuvo unos segundos como si no hubiese entendido bien, y, de pronto, respingó.

—¡Pero si a quien querían matar era a Katy, cuando sepan que no ha sido ella la muerta…!

Lippman asintió con la cabeza, y se alejó. Estuvo unos segundos hablando con uno de sus hombres, que asintió a su vez y se dirigió rápidamente hacia la salida del local.

Mientras tanto, Everitt se había quedado mirando a Milton Kovacs.

—¿No es usted el agente de seguros que nos…?

—Así es, señor Everitt. Pero el nombre de Carol Larkin no figura en el contrato. No sé si me entiende.

—Sí… Le entiendo, desde luego.

—Lo siento de veras. Y no estoy hablando de dinero ahora. Según parece, tenía usted en gran estima a la señorita Larkin.

—Sí… Sí, *sí*…

Se quedaron silenciosos. Lippman había hecho intención de

volver con ellos, pero, cruzándose con el detective al que había enviado afuera, entraron el forense y dos camilleros, y fue a su encuentro. Cambiaron unas palabras, y se dirigieron todos hacia donde estaba el cadáver.

Milton dejó de mirar a su alrededor en cuanto localizó a Melisa. Se fue lentamente hacia ella, como si no la viese, pero, al llegar a su lado la asió de un brazo, y continuó caminando hacia el mostrador, tirando de ella, que cedió dócilmente, preguntando:

—¿Puedo telefonear ya?

—Todavía no. Ya veremos qué dice dentro de unos minutos el teniente. Mientras tanto —señaló sus vasos, que seguían sobre el mostrador—, tomemos un trago y charlemos.

—¿Sobre mi seguro de belleza? —Le miró ella hoscamente.

—No. Dejaremos eso para más adelante. Hace unos minutos, cuando estaba discutiendo sobre el teniente acerca de la identidad de esa chica, recordé, de pronto, que al caer ella hacia atrás, tú gritaste: «¡Carol…! ¿Fue así?».

—No sé, no recuerdo… Seguramente.

—¿Quiere eso decir que tú sabías que la tercera chica de la izquierda era Carol Larkin?

—Desde luego.

—Ah. ¿Era la amiga que estabas esperando?

—No… Bueno, sí.

Milton la miró por encima de su vaso.

—¿Sí o no? —Gruñó.

—Carol no era realmente amiga mía. La había conocido por su relación con Katherine.

—¿Con Katherine Ryder? ¿La conoces?

—Claro. Vivimos juntas en el mismo apartamento.

Milton movió la cabeza, como quien no entiende nada.

—O sea, tú eres amiga de Katherine Ryder, pero viniste aquí a esperar a Carol Larkin, de la cual no eres tan amiga, y a la que habías conocido por mediación de Katherine Ryder, que sí es *va* amiga, hasta el punto de que vivís juntas en un apartamento.

—Sí.

—¿Y para qué viniste a esperar a Carol Larkin?

—Katherine me envió. Habían quedado con Carol en que, al terminar la actuación de hoy, Carol iría a llevarle sus vestidos de

trabajo, ya que mañana vienen al club otro grupo, otra gente… Pero Carel llamó a Katherine y le dijo que no podría ir a llevarle sus cosas esta noche mismo, porque tenía que salir con Waldo Everitt, o algo así…

—Sí, entiendo. Entonces, Katherine te pidió que vinieses aquí, y cuando terminase el espectáculo, recogieses las cosas que había utilizado Carol Larkin y se las llevases.

—Sí.

—¿Y por qué tanta prisa?

—Creo que Waldo Everitt pensaba llevarse a las chicas en su yate mañana mismo, así que, como Katherine no podía ir porque está enferma, quiso recoger sus cosas, para guardarlas en el baúl, y así estar lista, para en cuanto se sintiese mejor, reunirse con sus compañeras en el yate de Waldo Everitt.

—Entiendo. ¿Quién más sabía todo esto?

—¿A qué te refieres?

—A todo esto de la sustitución de la tercera chica de la izquierda.

—Ah… No sé. Nadie, supongo. No tenía importancia.

—Pues la ha tenido. A quien han querido matar es a tu amiga Katherine Ryder. No te muevas de aquí… ¿Dónde está tu apartamento exactamente?

—En el…, en el 3512 de South Glades Drive…, en North Miami Beach… Pe… pero… eso que has dicho…

—No te muevas de aquí.

Milton fue a reunirse de nuevo con el teniente Lippman, que le contempló con curiosidad.

—¿Algo nuevo, señor Kovacs? —se interesó.

—Katherine Ryder vive en…

—Oh, ya envié a uno de mis hombres a consultar el listín telefónico, y muy pronto lo sabremos, para enviar allá alguien que proteja a la señorita Ryder. ¿Algo más?

—No —masculló Milton—. Nada más. ¿Cuándo podremos marcharnos todos de aquí?

—En cuanto se hayan llevado el cadáver. ¿Dio usted su nombre y dirección a mis agentes?

—Claro —masculló Milton.

Regresó junto a Melisa, que todavía estaba impresionada por sus

últimas palabras.

—Milton, deberíamos ir inmediatamente a…

—Ya se va a encargar el teniente de eso. Pero dime una cosa: ¿el apartamento está a nombre de las dos?

—No. Al mío solamente. Katherine sale con frecuencia de Miami, y decidimos hacerlo así. Yo pago el alquiler, y cuando ella viene pasamos cuentas.

—Estupendo —rió secamente Milton.

Se dedicó a terminar el vaso de *whisky*. Al poco, vio al detective al que antes se dirigiera Lippman hablando con éste, que frunció el ceño, y volvió la cabeza hacia él. Hizo un gesto de resignación, y se acercó.

—¿Dónde vive?

—En el 3512 de South Glades Drive, North Miami Beach.

—Gracias. ¿Y… cómo lo sabe usted?

—Me lo ha dicho un pajarito.

—Milton señaló a Melisa con la barbilla. —Ella es la señorita Melisa… Melisa…

—Melisa Grover —dijo ésta.

—Eso. Katherine Ryder y ella viven juntas.

—Ah… No sabía esto.

—Tampoco sabe usted por qué está Melisa aquí… Si quiere, se lo digo.

—De acuerdo, señor Kovacs. Es usted el hombre imprescindible de la reunión… ¿Por qué aquí la señorita Grover?

Mientras Milton lo explicaba, el cadáver fue retirado, finalmente. Waldo Everitt había seguido a los camilleros hasta la puerta del club, y allá se quedó unos segundos sin saber qué hacer. Por fin se volvió, buscó con la mirada, y se reunió con ellos ante la barra… Para entonces, Milton había terminado la explicación, pero tuvo que repetirla, a grandes rasgos, en beneficio de Everitt, que musitó:

—Deberíamos ocuparnos de Katherine, ¿no le parece, teniente?

—Desde luego. ¿Hay alguien con ella ahora, señorita Grover?

—Que yo sepa, no. La dejé sola, claro.

—Pues será mejor que nos demos prisa. Voy a autorizar la marcha de todas estas personas y salimos para allá… Usted también puede marcharse, señor Kovacs.

—¿No puedo ir a ver a Katherine Ryder?

—¿Para qué?

—Bueno… Es evidente que ella no ha podido actuar debido a un contratiempo ajeno a su voluntad, por lo que el seguro deberá afrontar este hecho. Aunque ignoro en qué términos, ya que de todos modos el espectáculo se puso en marcha… Crep que debería discutir esto con la señorita Ryder.

—El contrato lo firmó usted con mi intervención —dijo Everitt —, así que no hay necesidad de que moleste a Katy.

—De todos modos, si mi compañía tiene que pagar algo, mi deber es asegurarme de que ella está enferma realmente.

—¿Qué quiere decir? —Frunció el ceño Everitt.

—Yo creo —sonrió Lippman— que no debemos perder más tiempo en conversaciones. Por otro lado…, ¿por qué privarnos de la valiosa colaboración del señor Kovacs?

CAPÍTULO III

Cada cual fue con su coche. Los estacionaron juntos cerca del canal, excepto Melisa, que lo dejó en el garaje del edificio. Éste constaba solamente de dos plantas, estaba rodeado de jardín, y separado del embarcadero del canal solamente por la avenida.

Cuando se reunieron ante el portal, Lippman dijo:

—Estoy pensando que quizá sea demasiado tarde para molestar ahora a la señorita Ryder.

—Oh, no —negó Melisa—. He visto luz arriba. Debe estar leyendo. Le gusta mucho, y aprovecha todas las ocasiones que puede para hacerlo.

No había ascensor. Melisa encabezó el grupo escaleras arriba, después que Lippman dejó abajo vigilando a los dos agentes de uniforme que habían ido en el coche con él y con el detective Frost.

Melisa abrió la puerta con su llave, y, de pronto, se volvió, desconcertada.

—¡No le he traído a Katy sus cosas, después de todo! —exclamó.

—Nadie puede tocar nada de allí por el momento, no se preocupe —dijo Lippman.

Entraron en el apartamento. Había un recibidor, un pasillo a cuya izquierda había una doble puerta, abierta, de modo que pudieron ver un espacioso *living*, con un gran ventanal, ante el cual Milton vio un instante un caballete con un lienzo, oculto por una tela blanca. Milton iba a hacer un comentario, pero en aquel momento llegó una voz femenina del fondo del pasillo:

—¿Melisa? ¿Ya has vuelto?

—Sí, Katy —alzó la voz Melisa.

Llegaron a la puerta del dormitorio, Katheryne Ryder estaba en la cama, en efecto, con un libro en las manos, pero mirando hacia la

puerta… Se quedó boquiabierta al ver detrás de Melisa a tanta gente, y sus ojos fueron de uno a otro hombre, que ya entraban tras la muchacha.

—¿Qué…, qué pasa? —exclamó—. Waldo, ¿qué haces aquí? ¿No tenías que salir con Carol después de…?

Se calló quizá impresionada por el silencio de sus visitantes.

Katherine Ryder era muy bonita, sin duda alguna. Pero, en aquel momento, no lo parecía tanto. Estaba sentada en la cama, con los cabellos un tanto revueltos, sin maquillar; se había puesto un grueso jersey sobre la camisita de dormir, y un pañuelo rojo rodeaba su cuello, como protegiéndolo. Todos se habían dado cuenta de que su voz sonaba un tanto ronca.

Waldo Everitt se acercó, se sentó en el borde de la cama, y tomó las manos de la muchacha.

—Han matado a Carol, Katy —murmuró.

Katherine Ryder abrió la boca, y aún mucho más los ojos. Se quedó mirando a Everitt como quien no comprende. Luego, miró a Milton, a Lippman y al detective Frost, a Melisa… Cuando volvió a mirar a Everitt, éste asintió con la cabeza.

—La han asesinado…

—Pe… pero ¿qué… qué dices…? ¡Dios mío! ¡No es posible!

—Sí lo es, señorita Ryder —se adelantó Lippman—. El teniente Lippman —presentó Everitt—, y el detective Frost. Al señor Kovacs supongo que lo recuerdas.

—Sí… Sí, sí…

—Espero que no sea grave su dolencia, señorita Ryder —dijo Milton.

—No… Claro que no… Es sólo un fuerte resfriado, quizá un poco de gripe —parpadeó—. Pero…, pero… ¿qué ha pasado? ¿Dónde, cuándo…, cómo… cómo la han… la han…?

El teniente Lippman lo explicó. Katherine Ryder le escuchaba ávidamente, desorbitados los ojos… Milton Kovacs miraba a su alrededor. Se sentía incómodo, quizá porque estaba comprendiendo que su presencia allí no era necesaria para nadie. En el fondo, sabía que estaba actuando de un modo egoísta…, y como poniéndose a prueba a sí mismo. Egoísta en cuanto a que había adoptado la actitud de interesarse por el verdadero estado de salud de una persona a la que quizá la Southern Insurance tuviese que pagar una

indemnización. En cuanto a ponerse a prueba a sí mismo, estaba bien claro… ¿No quería ser inspector de seguros? Pues muy bien, tenía un caso verdaderamente importante para convencerse a sí mismo da si servía o no para investigar…

Estaba mirando el gran baúl que había en un extremo del dormitorio, sin verlo. Pero de pronto recordó que las *Boom-boom* Girls tenían proyectado tomarse unos días de descanso en el mar, en el yate de Waldo Everitt, y que Katherine Ryder se había quedado con el baúl preparado, pero sin viaje. Aunque más había perdido Carol Larkin…

—Dios mío, es espantoso —oyó finalmente la voz de Katherine Ryder—. ¿Quién lo ha hecho? ¿Por qué?

—Esperamos llegar a saberlo, señorita Ryder —dijo Lippman—. ¿No ha venido nadie aquí esta noche? ¿Nadie ha llamado a la puerta de su apartamento, o ha intentado entrar?

Katherine le miró estupefacta.

—No ha venido nadie… ¿Intentar entrar? ¿Qué quiere decir?

Lippman vaciló, pero no Everitt, que dijo:

—Todos tenemos la impresión de que a quien querían matar era a ti, Katy.

Ésta quedó como alucinada.

—¿A mí? ¿Por qué?

—¿Usted no lo sabe? —preguntó Lippman.

—¿Yo? —Katy Ryder era la expresión más genuina del desconcierto y el desamparo—. ¿Yo? ¿Matarme a mí?

—Todo parece indicarlo así. Y por fortuna, parece que el asesino aún no se ha enterado de que se ha equivocado de víctima. Eso quizá nos dé una buena oportunidad de atraparlo.

Katherine Ryder parecía al borde del desmayo.

—¿Quiere decir…, quiere decir que el asesino… querrá… matarme a mí… ahora? —jadeó.

—No se preocupe —intentó sonreír Lippman—. Mientras nosotros investigamos, dejaré en el apartamento a dos agentes, día y noche. No debe temer nada, señorita Ryder.

—Pero… pe… pero esto es… es absurdo… ¡Y terrible! ¡No puede ser cierto…!

—Tranquilízate —el guapo Waldo Everitt le palmeó las manos —. No permitiremos que nadie se acerque, Katy.

—Oh, Waldo, lo siento tanto… ¡Siento tanto que hayan matado a Carol! Sé que tú y ella… ¡Lo siento, de veras!

—No te preocupes —susurró Everitt—. Habría lamentado del mismo modo tu muerte, Katy. Le ha tocado a ella, por un error del asesino, así que ya no tiene remedio… Creo que debemos marcharnos todos y dejarte descansar. ¿Necesitas algo?

—No… No, no…

—Descansa. En cuanto estés bien, si todo esto ha terminado zarparemos… Y ahora sí que necesitas unos días de descanso y de sol. No te preocupes por nada. ¿De acuerdo?

—Sí. —Katherine asió ambas manos de Everitt—. Sí, sí… ¡Gracias, Waldo! Gracias.

Lippman se removió inquieto, y carraspeó, atrayendo todas las miradas hacia él.

—Bien… Entonces, señorita Ryder, quedamos en que no tiene usted idea de que haya alguien que quiera… perjudicarla.

—Claro que no —le miró ella—. ¿Cómo habría de saber una cosa semejante? Yo…, yo…, yo creo tener buenos amigos, me llevo bien con todos… ¡No puedo creer que alguien haya querido matarme!

—Quizá nos estamos equivocando, y el asesino a quien realmente quería matar era a Carol Larkin —deslizó Lippman; miró a Waldo Everitt—. ¿Tenía ella enemigos, señor Everitt?

—Por supuesto que no —negó categóricamente Everitt—. Vamos, teniente, vamos… Carol era una chica alegre, no molestaba a nadie… Vivía su vida, siempre riendo, siempre contenta… A mí todo esto me parece absurdo, de veras. No concibo que nadie haya querido matarla… Ni a Katy. Ni a ninguna de las chicas del *Boom-boom*… —Frunció el ceño de pronto—. ¿Y no sería posible que hubiesen querido matar a otra persona? —¿A qué otra persona?

—Bueno, *no* sé… A alguien que estaba en la sala… Quizá el asesino tenía mala puntería, o algo le molestó *en* el momento de disparar… No sé. ¿No podría ser que hubiese querido matar a uno de los espectadores?

—Fiuuu… —Silbó Lippman—. Demonios, está usted abriéndome mucho el campo de la investigación, señor Everitt. Pero yo creo que no está acertado.

—¿Por qué no?

—Mire… Si la bala hubiese alcanzado a Carol Larkin en un hombro, o en una pierna, e incluso en el vientre, pues… se podría pensar en un disparo fallido, que no iba dirigido contra ella. Pero la bala le ha acertado de lleno en el corazón…

—¡Dios mío! —gimió Katherine.

—… Y cuando una bala acierta así, nosotros pensamos que la ha disparado un buen tirador, y precisamente a ese objetivo. No… Yo tío creo que haya habido fallo alguno. Pero, de todos modos, tendremos en cuenta su sugerencia. 1 ahora, con su permiso, Frost y yo tenemos que marcharnos… Vamos a revisar detenidamente el club, y muchas cosas más que hay que movilizar… Voy a dejar a dos agentes, señorita Ryder: Sanders y Prescott. Sanders se quedará abajo, y Prescott, si ustedes lo permiten, se instalará en el apartamento.

—Bueno, yo… yo creo que no es necesario…

—Claro que sí, Katy —afirmó Everitt—. Por si acaso, es mejor aceptar lo que dice el teniente.

—Sin duda alguna —dijo éste—. Bien, ¿nos vamos?

—Voy a quedarme un rato más con Katy, si no hay inconveniente —dijo Everitt.

—Claro que no. ¿Señor Kovacs?

—Yo también me quedaré unos minutos. Tengo cosas que hablar con la señorita Grover. ¿O tengo que marcharme?

—El apartamento no es mío, sino de la señorita Grover. Es ella quien debe decidir eso… Y a propósito, ¿se conocían ustedes ya?

—Nos hemos conocido esta noche, mientras ella esperaba que terminase la actuación de las *Boom-boom* Girls.

—¿De veras? Pues parecen muy buenos amigos. —Es que hemos usado.

Excepto Melisa todos se quedaron mirando un tanto desconcertados a Milton, que se limitó a encoger los hombros. Lippman hizo lo mismo, y se dirigió hacia la puerta del dormitorio, diciendo:

—Sería conveniente que ninguno de ustedes abandonase Miami sin consultarme, por si tuviese algo que preguntarles… ¿Puedo contar con ello?

—Yo tenía pensado salir mañana, con mi yate —dijo Everitt—, pero supongo que no debemos hacerlo. Habrá que enterrar a

Carol… Y de todos modos, no me parece que nuestro humor mese muy bueno. Estaré en la ciudad, teniente.

—Todos estaremos —dijo Milton.

Lippman le dirigió una afable mirada de curiosidad, y salió del dormitorio, seguido de Frost y de Melisa, que Se acompañó hasta la puerta. Milton frunció el ceño.

—Bueno, señorita Ryder —dijo—, ¡creo que podemos, dejar la conversación del seguro para otro momento!, ¿verdad?

—Se lo agradecería —murmuró la muchacha.

—Le llamaremos a su oficina antes de zarpar —dijo Everitt.

Milton asintió con la cabeza, volviendo a mirar hacia el baúl. Bien, mala suerte para quienes tendrían que retrasar un estupendo crucero en yate. Pero, ciertamente, peor suerte para Carol Larkin. Se dio cuenta de que Katherine y Everitt le estaban mirando fijamente, así que alzó una mano en silencioso saludo, y salió del dormitorio.

En el pasillo se encontró con Melisa, que regresaba. No le dio tiempo a decir nada.

—¿Me invitas a un trago? —propuso.

—Bueno.

Pasaron al *living*. Melisa abrió el mueble bar, y sacó una botella de *whisky* y dos vasos, que dejó sobre una mesita, delante del sofá, mientras Milton se acercaba al caballete. Alzó la tela blanca que lo cubría, y se quedó pasmado ante la belleza del cuadro. Tan pasmado, que cuando miró hacia Melisa, ésta no estaba.

Regresó un minuto después de la cocina, con cubitos de hielo.

—¿Quién está pintando esto? —preguntó Milton.

—Yo. Así es como me gano la vida. —Atiza…

—¿Te gusta? —Se acercó ella.

—¡Ya lo creo! ¿Pintas aquí mismo?

—No, no… Bueno, aquí termino a veces algunos detalles, como ocurre con este paisaje. Pero normalmente me voy por ahí con el coche, mientras hay sol… ¿De verdad te gusta?

Milton la abrazó por la cintura, y murmuró:

—Casi tanto como tú. ¿Nos damos el pico?

—¿Qué…?

—Que si nos besamos.

—Ah… ¡Oh, no!

—¿Por qué no?

—No sé… Bueno, con todo esto que ha pasado…

—Yo diría que no ha sido culpa nuestra, ¿verdad? Cierto que ha sido lamentable, pero a fin de cuentas. Carol Larkin no significaba nada para nosotros, así que nuestras vidas no tienen por qué resultar afectadas por esto. Si tuviésemos que estar tristes por todas las personas que son asesinadas, o son víctimas del hambre, de la injusticia, de la ambición, y de mil cosas más, seríamos todos unos desdichados.

—Eres muy convincente —susurró Melisa.

La cosa estaba bien clara, así que Milton Kovacs apretó más a Melisa contra su pecho, se inclinó sobre sus bonitos labios sonrosados…, y sonó el timbre de la puerta del apartamento.

—Tengo que abrir —se movieron los labios de ella, a medio centímetro de los de Milton.

—Hazte la sordomuda —susurró él—. Como antes en el club, cuando te estaba contando cosas.

Milton intentó recorrer con sus labios aquel medio centímetro, pero Melisa desapareció de entre sus brazos, así que se encontró abrazando el aire y con los labios estirados hacia el vacío.

—Sirve los *whiskys* —rió ella—. Vuelvo en seguida.

Refunfuñando, Milton se dedicó a servir los *whiskys*. Estaba terminando cuando Melisa regresó, acompañada de un agente de policía alto como una jirafa, y seguramente más fuerte que ésta.

—Es el agente Prescott —sonrió maliciosamente Melisa—. Se va a quedar con nosotros.

—Pues qué bien —dijo Milton—. ¿Un trago, amigo?

—No, gracias. Estoy de servicio.

—Aaah…

—Siéntese —le señaló Melisa un sillón—. No puede pasarse la noche de pie, Prescott. —Es usted muy amable.

Prescott se sentó en el sillón, miró a Melisa, miró a Milton, miró a Melisa, miró a Milton…

—Bueno —sonrió—. Bueno, bueno, bueno…

Milton le miraba por debajo de sus cejas, tan fruncidas que casi le tapaban los ojos. Masculló algo, le tendió un vaso a Melisa, y se bebió su *whisky* de un trago. Dejó el vaso sobre la mesita, y dijo:

—Adiós.

—¿Te vas ya? —exclamó Melisa.

—Pues sí. —Milton miró su reloj—. Es que es la una y veinte de la madrugada, hijita. Y mi mamá se enfada si llego tan tarde. Adiós, amigo Prescott.

—Adiós, señor Kovacs.

Milton salió, al pasillo, seguido de Melisa. Llegaron ante la puerta, y él se volvió, volvió a abrazarla por la cintura, y ella cerró los ojos y entreabrió la boquita.

—¿Sabes dónde vive… o vivía Carol Larkin?

Melisa abrió los ojos, desconcertada.

—Sí… Bueno, no exactamente. Katy lo ha mencionado alguna vez. Creo que el señor Everitt le puso a Carol un apartamento en Coconut Grove… Sí, en Grand Avenue, pero no sé el número. Cerca de Bayfront Park. Está en el listín, así que puedes mirarlo si…

—Lo miraré por ahí. Y cambiando de tema, ¿vas a firmarme la póliza del seguro de belleza o no?

—Cuando tú quieras —susurre ella.

—Hay algo que me tiene intrigado —deslizó él, acercando más su boca a la de ella—. ¿Tú eres una chica fácil o yo soy un tío realmente simpático y atractivo? Porque si no recuerdo mal, hace poco más de dos horas que nos conocemos… ¿Verdad?

—Algo así. Y desde luego yo no soy una chica fácil. Pero si me gustas…, ¿por qué tengo que hacerme la cretina?

—Carambolas —dijo Milton.

Acercó más su boca a la de ella…, y el timbrazo del teléfono en alguna parte, los hizo, respingar a los dos. Cuando Milton vino a darse cuenta, estaba de nuevo abrazando el aire, y con los besucones labios estirados otra vez hacia el vacío.

—Es… es el teléfono. Tengo que contestar yo, porque está en el *living*…

Milton Kovacs puso cara de ogro, pero Melisa se apresuraba hacia el *living*, donde el teléfono seguía sonando. Cuando entró, el agente Prescott estaba en pie, indeciso, mirando hacia el aparato. Se sentó al ver aparecer a la muchacha, que atendió la llamada.

—¿Sí?

—¿…?

Melisa frunció el ceño de un modo muy parecido al de Milton Kovacs, y tendió el auricular a Prescott.

—Es para usted. El teniente Lippman.

—Ah, gracias.

Melisa corrió hacia el recibidor…, pero cuando llegó allí, el sujeto con el que había ligado en el Selim Club había desaparecido.

CAPÍTULO IV

Detuvo el coche antes de llegar a la dirección que había encontrado en el listín telefónico de un bar. Paró el motor, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando hacia delante, hacia el edificio de cuatro pisos, aislado, rodeado de palmeras. Tenía que ser aquél, desde luego, a juzgar por la numeración.

Miró su reloj. Eran las dos y cinco de la madrugada. Es decir, una hora pésima para andar por domicilios ajenos… en ausencia de los propietarios. Pero ¡qué demonios…! ¿Y si él lograba algo que la policía no conseguía?

Metió el cigarrillo en el cenicero, se apeó, cerró el coche con llave, y caminó hacia el edificio de cuatro pisos, sito en Grand Avenue, Coconut Grove. Cuando llegó ante la puerta, vio en ella el número, y asintió. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, tocando aquel alambre que había conseguido, y con el que esperaba tener habilidad suficiente para abrir la puerta del edificio y luego la del apartamento de Carol Larkin.

Primera y agradable sorpresa: la puerta del edificio no estaba cerrada con llave. La empujó, entró, y se acercó a los buzones para la correspondencia. De ninguna manera pensaba encender la luz del vestíbulo, así que tuvo que recurrir a su encendedor para iluminar los pequeños letreritos con los nombres… Carol Larkin, apartamento 3 B.

Había ascensor, pero no recurrió a él. Silenciosamente, subió al tercer piso, y no tardó en localizar la puerta señalada con el 3 B. Esta vez sí tuvo que utilizar la ganzúa improvisada. *Y* no fue tan fácil como había creído, pero consiguió abrir la puerta. Entró, cerró tras él, y encendió la luz.

Era un apartamento de lo más coquetón. La zona destinada a

recibo estaba a nivel un poco más alto que el *living*, que seguía a continuación. Bonitos cuadros, caprichosas cortinas, muebles confortables, nuevos… Muy elegante.

Y, ¡oh, decepción!, todo estaba en orden. Decepción, sí, porque Milton Kovacs había tenido la esperanza de ser realmente más listo que la policía. La idea había sido ésta: quizá Carol Larkin tenía algo o sabía algo de alguien que quería eliminarla y quitarle lo que fuese. Basándose en esta teoría, había elaborado la siguiente, a saber: alguien quiere algo que tiene Carol Larkin, así que, aprovechando que ésta no se halla en su apartamento, va allá, lo busca, y no lo encuentra; entonces, se va al Selim Club, y la mata, cortando por lo sano el asunto, fuese cual fuese.

Pero el apartamento, todo él, estaba en perfecto orden, cosa que pudo comprobar recorriéndolo detenidamente. Con lo que se llegaba a la conclusión de que, en efecto, el asesino se había equivocado de víctima. A quien había querido y creído matar era a Katherine Ryder. O sea, a la chica tercera de la izquierda. Por lo que, sencillamente, convenía cortar toda investigación en tomo a Carol Larkin, y concentrarse en Katherine Ryder.

¿O no?

Milton se dejó caer en el sofá, y quedó sumido en teorías diversas, ninguna de las cuales le gustó. Todas iban a parar a lo mismo: alguien había querido matar a Katherine Ryder, sencillamente. ¿Quién y por qué?

Y sobre todo, ¿por qué hacerlo de modo tan espectacular? Para matar a una chica no hace falta tanta complicación, ni correr el riesgo de hacerlo dentro de un local cerrado…, por muy preparada que esté la huida de ese local.

… Y teniendo un rifle, y esa buena puntería, sólo hay que esperar dentro de un coche a que Katherine Ryder salga de su apartamento, o del club nocturno, meterle, la bala en el corazón, y largarse. Sin riesgo ni complicaciones. A menos…

Sí, a menos que el asesino haya querido matarla en un momento tan espectacular por motivos bien funda dos. ¿Por qué pensar que el asesino era tonto? Si la había matado allí, delante de tanta gente, era por algo. Seguramente, para tener una buena coartada, pues, sabiendo con toda exactitud la hora en que la chica tercera de la izquierda había sido asesinada, él tenía para esa hora una coartada

indestructible.

O algo parecido. Sí, señor, debía tener esto en cuenta en todo momento: matar a la tercera por la izquierda en e[1] momento en que estaba actuando no había sido un capricho, ni una idiotez.

¿Entonces…? Bien, ¿a quién podía interesarle tener uno coartada? Pues, a personas que pudiesen ser relacionadas de algún modo con Carol Larkin… No, no. Con Carol Larkin, no: con Katherine Ryder. ¿Qué personas estaban relacionadas con Katherine Ryder? Conocía a dos: Melisa Grover y Waldo Everitt. Melisa había estado con él cuando se produjo la muerte de Carol Larkin. Pero…, ¿dónde había estado Waldo Everitt?

Al parecer, en el
Sun & Moon,
otro club de su propiedad. Era un hombre rico, desde luego. Y la siguiente pregunta era: ¿por qué un hombre rico podía querer matar a Katherine Ryder? A fin de cuentas, ésta era sólo una de las *Boom-boom* Girls… Y por otra parte, él había visto a Everitt tomando las manos de Katherine, consolándola, preocupado por ella… Parecía tenerle mucho afecto, sí…

Hacía ya varios segundos que Milton estaba mirando la fotografía que había encima de la repisa de la chimenea simulada. La miraba, pero no la veía. De pronto, la vio. Se puso en pie, y fue allá. La fotografía, de buen tamaño, estaba en un bonito marco de plata. En ella aparecían Everitt y Carol Larkin, abrazados, riendo… No era una fotografía de estudio, sino exterior, de aficionado. Estaban en el campo, y habían cerca de ellos muchas palmeras. Parecía una tontería, pero lo evidente era que Carol Larkin y Waldo Everitt habían salido al campo de *picnic*, pues se veía también la cesta sobre la hierba, y poco más allá el coche…

Había una dedicatoria, evidentemente de Everitt, que hizo sonreír irónicamente a Milton: «Nunca te olvidará, tu Waldo». Por supuesto, la fotografía había sido tomada sin darle mayor importancia, pero luego debió gustarle a Carol Larkin, la hizo ampliar, y Everitt no pudo negarse a escribir aquella tontería.

La pregunta era: ¿quién había tomado la fotografía? ¿Quién más había salido de *picnic* con Everitt y Carol Larkin?

—A menos —decidió— que fuese una cámara de las que se disparan retardadas, y en este caso, cualquiera de los dos pudo

prepararla, correr para abrazar al otro, y ya está. En cuyo caso, como parece más lógico, ambos salieron sin más compañía… La verdad es que no me imagino a ese tipo tan guapo y elegante yendo de *picnic*.

Pero allí estaba la fotografía.

Y esto hizo funcionar de nuevo la mente de Milton. ¿Por qué lo ocurrido no podía ser otra cosa como la fotografía, algo… que él no podía imaginar? Por ejemplo, viendo aquella fotografía, él no podía imaginar que Waldo Everitt supiese que aquella noche la chica tercera de la izquierda sería Carol Larkin, y que quisiera matar precisamente a Carol Larkin, pero, simulando que el asesino creía matar a Katherine Ryder. Entonces, ¡qué gran casualidad que Katherine se hubiese puesto enferma, y que le hubiese pedido a Carol Larkin que actuase en su lugar!

—Carambolas…

¿Y si se habían puesto de acuerdo Katherine Ryder y Waldo Everitt para matar a Carol, pero de modo que, al pensar que habían querido matar a Katherine, nadie sospechase de ésta jamás, y todavía menos de Waldo Everitt, que en apariencia amaba a Carol Larkin, le había puesto un precioso apartamento, la había… retirado? Quizá Everitt se había cansado de Carol Larkin, pero no podía dejarla así como así, quizá temiendo que ella, resentida, hiciese algo contra él… Entonces, se la mata y ya está.

«Eres malo, Milton —se dijo a sí mismo—. ¡Qué cosas se te ocurren! Eres malo, perverso y monstruoso».

Echó un último vistazo a la fotografía, encogió los hombros, y fue hacia la puerta. Apagó la luz, abrió la puerta…, y casi se dio de narices con el teniente Lippman.

—¿Qué tal, señor Kovacs?

Milton alzó los ojos, como pidiendo ayuda celestial. Luego, sonrió del modo más simpático que pudo conseguir.

—Muy bien, teniente. ¿Y usted?

—Estupendamente, gracias.

—Me alegro mucho… Bien, hasta otra.

—¿Baja usted?

—Sí, sí… Me voy a dormir. Es ya muy tarde.

—En efecto. Permítame que le acompañe un trecho… Sólo hasta la calle, donde me esperan algunos de mis hombres. ¿Le molesta?

—Qué va —enseñó los dientes Milton, con un esfuerzo.

—Espere, hombre… Utilizaremos el ascensor, que para eso está. ¿Ve? Se aprieta este botón, y la cabina sube…

—Es un invento prodigioso. ¡Je, je!

—Sí… ¡Je, je!

—Y luego seguramente apretará usted otro botón, y la cabina bajará.

—Exacto —asintió apaciblemente Lippman—. Todo en esta vida tiene siempre una lógica, incluido el funcionamiento de un ascensor. Por lo tanto, espero que su presencia aquí tenga una explicación lógica… ¿A que sí?

—La verdad es que no… Pasaba por aquí, y no sé cómo me encontré dentro de ese apartamento.

Chuck Lippman también enseñó los dientes, muy amable. El ascensor llegó, abrió la puerta, y señaló el interior.

—Usted primero, señor Kovacs.

—Muy amable, muy amable… Espero poder corresponderle algún día, teniente.

—Seguro que sí. Ahora. —Lippman entró en el ascensor, cerró la puerta, y apretó un botón de la pequeña hilera de mandos—, aprieto este botón, y la cabina baja. Sensacional. Todo en orden. Señor Kovacs, ¿qué… botón tengo que apretar en usted para que comprenda que tiene que darme una explicación lógica?

—También usted está por aquí, ¿no? —Gruñó Milton.

—Sí. Estaba arriba, con Frost, que miraba por la ventana. Y el agente que conduce mi coche encendió un cigarrillo, sentado ante el volante… ¿Usted no lo vio?

—No…

—Es que el coche está más bien escondido. Frost sí vio la llamita, y me dijo: alguien viene, teniente. Entonces, yo miré por la ventana, y le vi a usted, acercándose a pie. «Caramba —dije— parece el señor Kovacs, Frost; vamos a salir del apartamento, cerramos para que no entren ladrones, y esperamos a ver qué hace por aquí el señor Kovacs».

El ascensor había llegado abajo, Milton abrió la puerta, y señaló afuera.

—Usted primero, teniente. O sea, que ya estamos en paz.

—Me parece muy bien.

Segundos después estaban en la calle. Allá esperaba Frost, pero Milton no vio a nadie más, ni el coche policial.

—Está refrescando —dijo—. Sería buena idea que nos retirásemos.

—Sí —asintió Lippman—. Nosotros vamos a acompañarle con mucho gusto, señor Kovacs.

—Oh, no, por favor, ¡no se molesten!

—Pero si no es molestia —sonrió Lippman—. Estamos seguros de que usted se dirige al Pólice Department, y como nosotros también vamos para allá, ¿qué nos cuesta llevarle en nuestro coche y dejarlo confortablemente instalado en una de nuestras… habitaciones para huéspedes?

—No se molesten por mí —masculló Kovacs—, prefiero mi apartamento.

—Insisto, señor Kovacs.

—Está bien —gruñó Milton—, he venido aquí a meter mis narices en este asunto. ¿Qué tiene ello de malo?

—En principio, tiene de malo que usted ha entrado en un domicilio ajeno utilizando una ganzúa, o algo parecido. Eso ya puede ocasionarle molestias, señor Kovacs. Pero yo podría olvidar esos insignificantes detalles si usted me explicase qué proceso mental le ha impulsado a venir al apartamento de Carol Larkin… ¿Me explico?

—Sí, señor.

—¿Y bien?

—Pensé que quien había matado a la muchacha sabía que era ella, y no Katherine Ryder quien estaba actuando en el Selim Club. Y pensé que quizá había estado antes en su apartamento buscando algo que Carol Larkin podía tener.

—Ya. ¿Y ha encontrado usted algo?

—No. Todo está en orden.

—Entonces, no sabían que era ella. Simplemente, el asesino creyó que disparaba contra Katherine Ryder.

—Sí, claro.

—Pero mañana, el asesino se enterará de su error por medio de la Prensa, y volverá a intentar matar a Katherine Ryder.

—No mientras usted tenga allá a dos agentes armados, teniente.

—Entiendo. ¿De verdad es usted agente de seguros?

—Sí. Pero espero ocupar pronto una plaza de inspector… De seguros, se entiende. Los que investigan los fraudes a las compañías de seguros, vaya.

—Interesante profesión, señor Kovacs. Bien, buenas, noches. Ah, una cosa: ¡si se le ocurriese alguna nueva idea sobre el apartamento de Carol! Larkin-Lippman sacó unas llaves, y las mostró en alto—, pídame las llaves, y quizá lleguemos a un acuerdo. Porque, señor Kovacs, si usted vuelve a meter su ganzúa en cerradura ajena, todo su guapo tipo de muchacho simpático irá a parar a una celda. ¿Vale?

—Vale —refunfuñó Milton.

—Y no salga de Miami sin mi permiso.

Milton Kovacs metió las manos en los bolsillos, y se alejó hacia su coche, refunfuñando por lo bajo. Pero no tenía por qué quejarse: a fin de cuentas, había salido mucho mejor librado de lo que correspondía a su afán de meter las narices en asuntos ajenos.

CAPÍTULO V

Hacia las nueve y media de la mañana, Milton Kovacs estaba hecho un brazo de mar.

Se había duchado, afeitado, masajeado enérgicamente, peinado… Y había elegido su mejor corbata, naturalmente, haciendo juego con el traje. Por lo que, al mirarse por última vez al espejo, se hizo a sí mismo el gesto de *Okay* y se guiñó un ojo.

«Estás hecho un sol, cariño», se dijo.

Se fue al teléfono, descolgó el auricular, frunció el ceño al recordar que no le había pedido a Melisa su número, y lo solucionó echando un vistazo al listín telefónico.

Llamó.

Y de nuevo frunció el ceño. El teléfono de Melisa estaba comunicando.

—Bueno —dijo, colgando—, tú te lo pierdes, nena.

Miró su reloj, y soltó un bufido. Su jefe debía estar esperándole desde las nueve, para saber si había conseguido la póliza de seguros que completaría la cifra establecida para darle el cargo que venía persiguiendo hacía meses y meses… Y, desde luego, el señor Shannon no era hombre al que le gustase esperar.

Recogió el portafolios, lo abrió para echar un vistazo a su contenido, y otra vez frunció el ceño. Bueno, la cosa tenía arreglo, desde luego. Se fue a la puerta, la abrió, salió al pasillo…, y sonó el teléfono.

—Al demonio —masculló.

Cerró la puerta, bajó a la calle, y poco después iba en su coche hacia la Southern Insurance…, sin darse cuenta de que un coche aparecía por la esquina, apenas él hubo puesto en marcha el suyo, y que se colocó detrás, manteniendo una distancia discreta.

Y no se dio cuenta por la sencilla razón de que Milton Kovacs no estaba acostumbrado a que le siguiesen. Aparte de que estaba muy distraído. Sabía perfectamente que debía concentrarse en el asunto que le llevaba a su oficina, pero no podía dejar de pensar en el asesinato de la noche anterior. Naturalmente, había elaborado unos centenares más de teorías, pero, por supuesto, con teorías no se llegaba a ninguna solución.

Finalmente, una cosa era segura: de nada servía hacer teorías mientras no tuviese la certeza de a cuál de las dos chicas habían querido matar. Porque, claro está, según se tratase de una u otra la ruta de investigación sería diferente.

«Y me pregunto —reflexionó—: ¿no será precisamente eso lo que ha pretendido el asesino?».

A las diez menos diez entraba en las oficinas de la Southern Insurance, que trepidaba al compás de las máquinas de escribir. Saludando a diestro y siniestro, cruzó la gran sala, y pasó a la sección de Personal, donde, a penas aparecer él, un par de chicas sonrieron de orejita a orejita.

—Buenos días, Milton —saludaron a la vez.

—Hola, pimpollos. ¿Todavía seguís solteras?

—Oh, sí… ¡Sí!

—Pues por muchos años. Creedme: no vale la pena soportar a ningún hombre. Somos unos memos. Sobre todo, los que se casan.

—¿Por qué? —se sorprendió una de ellas—. ¿Qué tiene de malo un marido?

—Pues ya os lo he dicho: por el simple hecho de haberse convertido en marido, de haberse casado, ya demuestra ser memo… ¿Por qué conformarse con una perdiz habiendo miles en el campo?

—Chuparos ésa —rió uno de los empleados masculinos—. Oye, Milt, el jefe está que arde por verte.

—En ese caso, será mejor que lleve para allá un extintor. ¿Alguna novedad más?

—Hombre… Lo de anoche. Hemos leído los periódicos, y se te menciona. Quisiéramos saber…

—En otro momento. De veras, Ray, tengo prisa… ¡Hoy puede ser un gran día para mí!

Cruzó aquella otra puerta. Había un pequeño cuarto a la izquierda del pasillo que apareció, y al pasar por delante, la voz de

la telefonista llegó hasta él:

—¡Milton!

Asomó la cabeza.

—Dime, Jenny, encanto… ¡Atiza!

—¿Qué pasa? —se sorprendió la telefonista.

—Tu jersey parece más lleno hoy que ayer… ¿Qué clase de hormonas tomas?

—Si continúas metiéndote conmigo por tener tan poco pecho, te odiaré, Milton —refunfuñó la muchacha.

—No podría soportar eso… Bueno, ¿qué quieres?

—Te ha llamado una chica.

—Normal. ¿Qué quería?

—No lo sé. Preguntó por ti, le dije que no habías llegado, y eso fue todo.

—¿No te dio su nombre?

—No.

—¿Era morena o rubia?

—Pues era… ¿Cómo quieres que sepa eso?

—Habrá que instalar un videoteléfono. Hasta luego, Reina del Busto.

Siguió pasillo adelante, y finalmente se detuvo ante la gran puerta. Lo ponía bien claro, en aquella hermosa placa de letras doradas, siempre relucientes: «*Mr*. Shannon. Director».

Llamó y empujó la puerta.

—Buenos días, señor Shannon.

El señor Shannon, hombre de unos cincuenta años de aspecto impresionante, inteligente, elegante, rebosante de responsabilidad, alzó la mirada, la fijó en Milton, se echó hacia atrás en el respaldo de su confortabilísimo sillón giratorio, y sonrió de un modo que hizo cerrar los ojos un instante a Milton.

—Vaya, vaya, vaya… Acaba de llegar a su feudo el gran Milton Kovacs. Naturalmente, después del director, claro.

—Es que me he entretenido contando los granos de arroz que tenía en casa. Hoy viene la asistenta, y tengo la sospecha de que me roba arroz.

Míster Shannon frunció el ceño, y señaló uno de los sillones de delante de su mesa.

—Siéntate.

—Sí, señor. Se sentó.

—¿Qué pasó anoche? ¿Qué hiciste?

¿Yo?

—Hace unos minutos ha estado aquí un tal teniente Lippman, preguntando cosas de ti.

—¡Horror! ¿Y qué le ha dicho usted, señor Shannon?

—Hombre, ¿qué querías que le dijese? —mascullo el director de la Southern Insurance en Miami—. Pues que eres un tipo inteligente, simpático, honrado como nadie, y un colaborador eficacísimo de la compañía. ¿Qué otra cosa podía decirle?

—Lo que me dice siempre a mí: que soy un gandul, un caradura, un…

—Bueno, vamos a dejarnos de bromas. ¿Qué pasó?

Milton lo explicó. Cuando terminó, el señor Shannon se rascó la nuca, pensativo.

—Desde luego, ni un centavo para los posibles parientes de esa pobre chica, puesto que ella no estaba incluida en el contrato. En cuanto a Katherine Ryder, no sé… Si está enferma y no pudo actuar, me temo que tendremos que pagar algo, pero, como tú bien dices, el espectáculo no se detuvo por eso, así que… Bueno, lo consultaré con nuestros abogados. De todos modos, quizá sería buena idea enviar a visitar a esa chica a uno de nuestros médicos… ¿Qué te parece?

—No vale la pena. Tiene un catarro tremendo, eso es todo.

—¿Y por un catarro no fue a trabajar?

—Hombre, jefe… ¿Usted no ha visto el espectáculo del Selim Club?

—No…

—Las chicas se quedan solamente con el velo. Y estaría feo que en ese momento tan interesante, una de ellas se pusiera a estornudar…, y saltase el velo. Resultaría inmoral, por qué entonces sí que quedaría completamente desnuda.

—Está bien —sonrió Shannon—. Bueno, ¿conseguiste tu póliza límite?

—Sí, señor.

—De acuerdo. Ya eres inspector de la compañía… Veamos esa póliza. ¿Qué clase de seguro has hecho esta vez?

—De belleza.

—¿De qué?

—Hombre, jefe, de accidentes. Shannon arrugó un instante la nariz, pero asintió. —Está bien. Dame la documentación, y la cursaré con…

—Es que aún no la tengo.

—No tienes…, ¿qué?

—La póliza aún no está firmada por el cliente.

Míster Shannon señaló la puerta de su despacho.

—Largo de aquí. ¡A hacer seguros!

—Pero jefe, la tengo aquí…

—¿Dónde? ¿No dices que…?

—La tengo aquí, en la palma de la mano. Puedo ir ahora mismo a ver al cliente, y la firmará en el acto.

—*Okay* —Shannon miró su reloj—. Te doy de tiempo hasta la hora del almuerzo. ¿Es suficiente?

—¡Huyyy…! ¡En ese tiempo, hasta puedo haber conseguido una docena de pólizas más!

—Estoy muy ocupado —farfulló Shannon.

—Yo también, señor.

Y dejando estupefacto a míster Shannon, Milton Kovacs abandonó el despacho.

Media hora más tarde (siempre sin darse cuenta de que un coche iba tras el suyo en todo momento), Milton Kovacs llegaba ante el bonito edificio de dos plantas frente al embarcadero del Glades Canal. Y un minuto más tarde estaba llamando a la puerta del apartamento de Melisa Grover. En cuanto abriese, la…

Lo primero que vio fue el bigote, al abrirse la puerta. Y detrás del bigote, al fornido agente de policía que le miraba inquisitivamente.

—¿Qué desea?

—Quiero ver a la señorita Grover. —No está.

—¿Cómo que no está?

—Le digo que no está. ¿Quién es usted? —Milton Kovacs. Soy…

—Se me ha informado sobre usted. ¿Puede demostrarme que usted es Milton Kovacs?

Nada que objetar. Milton tendió su permiso de conducir al policía, mientras pensaba que el teniente Lippman estaba haciendo bien las cosas, por lo menos en aquel sentido. Ni siquiera había

visto al policía que, si no había entendido mal, debía estar abajo, vigilando la posible aproximación del asesino. Naturalmente, tenía que estar bien escondido…

—Conforme, señor Kovacs —le devolvió el documento el agente bigotudo—. Gracias.

—¿Puedo pasar ahora?

—La señorita Grover no está, de veras.

—¿Dónde está?

—No sé. Estuvo llamando por teléfono varias veces. Luego, me parece que un poco enfadada, cogió un cuadro y otras cosas, y se fue.

—Bueno… ¿Puedo ver a la señorita Ryder? Tengo que concretar con ella ciertos formulismos sobre un seguro que le hice.

—Está bien… Pase.

Katherine Ryder continuaba en cama, desde luego. Aunque su aspecto resultaba mucho más atractivo que la noche pasada. Se había arreglado, y en lugar del grueso jersey se había puesto una blusita encantadora. Tenía un libro en las manos, pero miraba hacia la puerta cuando Milton entró. Alzó las cejas, sorprendida.

—Ah, señor Kovacs…

—Buenos días, señorita Ryder —sonrió Milton—. Caramba, la veo mucho mejor esta mañana. Y me alegra.

—Gracias. Me encuentro mucho mejor, en efecto. ¿No quiere sentarse?

—¿De verdad no molesto?

—Claro que no. Tengo entendido —sonrió— que es usted un hombre muy simpático.

—Ya, ya —sonrió también Milton, acercando una graciosa silla tapizada de rosa, y colocándola junto a la cama—. Pero eso no es siempre, me temo.

—¿Por qué no?

—Porque a veces, hablo de negocios.

—Oh… Ya comprendo. ¿Ha venido a hablarme del seguro?

—Realmente, sí. Nuestros abogados van a estudiar si le corresponde a usted alguna indemnización, teniendo en cuenta las circunstancias de que el espectáculo no se detuvo por…

—Está bien, no se preocupe. Tengo la seguridad de que su compañía hará lo que sea honesto y justo. ¿Es así?

—Desde luego. Bien, parece que no hay más que hablar de esto, gracias a su comprensión. Emmm…, ¿por casualidad no sabrá usted dónde podría encontrar a Melisa?

—Sí —rió Katherine—. Ella me dio una cosa para usted, a pesar de que estaba muy enfadada. Está bajo los almohadones…

Echó una mano hacia atrás, deslizándola bajo la almohada de abajo. Milton oyó el tintineo de unas llaves, y sonrió. Cuando una chica le da unas llaves a un hombre…

—Aquí tiene.

Milton Kovacs se quedó con la cara más larga que sus brazos, contemplando el papel que le tendía Katherine Ryder. Nada de llaves.

—¿Y esto qué es? —preguntó, tomando el papel doblado en cuatro.

—Es un plano —volvió a reír Katherine—. Dijo que si quería encontrarla, ella estaría toda la mañana en ese lugar, pintando. Y quizá se quede todo el día mientras haya sol, porque se llevó una cesta con bocadillos y bebidas.

—Entiendo —murmuró Milton, desdoblando el papel, y mirándolo, más que por interés inmediato para evitar que Katherine viese sus ojos—. Parece que a Melisa le gusta mucho el campo, ¿verdad?

—Por fuerza. No se pueden pintar paisajes en la ciudad. De todos modos, sí, le gusta. ¿Le sorprende a usted?

—No… No, no. El campo debe ser como todo lo demás: a fuerza de frecuentarlo, se le toma cariño. Y además, es muy sano.

—¡Sin duda alguna! —volvió a reír Katherine.

—En cuanto a Melisa, imagino que debe tener muchas fotografías del campo.

—¿Fotografías del campo? —Se pasmó Katherine Ryder—. Pues no sé qué decirle… ¡Qué pregunta tan extraña, señor Kovacs!

—Quiero decir que a veces es conveniente tomar fotografías de un paisaje, para estudiarlo mejor, o tener datos si se quiere terminar un cuadro sobre ese paisaje en la propia casa…

—Ah. Bueno, no sé… Supongo que tiene razón.

—Melisa debe tener una buena cámara fotográfica.

—Creo que sí.

Katherine Ryder estaba desconcertada, evidentemente. Y Milton

decidió no seguir por ese camino. Se puso en pie.

—Bien, ha sido muy amable, señorita Ryder… ¿Puedo hacer algo por usted? Algo personal, quiero decir. Como traerle agua, por ejemplo. O guardar ese baúl, o cerrar las persianas, o…

—Señor Kovacs —volvió a reír la muchacha—, está usted deseando reunirse con Melisa, así que puede marcharse sin preocuparse lo más mínimo por mí. De todos modos, gracias. Y si Melisa se negase a firmarle su póliza de seguro de belleza, venga a verme a mí. Quizá me interese.

—Vaya… Ya veo que las mujeres no saben guardar un secreto —sonrió Milton.

—Sólo cuando hay mucha amistad. De todos modos, ¿por qué tener en secreto un seguro de belleza?

—Ustedes dos lo necesitan —guiñó un ojo Milton—. Son tan guapísimas que sería una pena que se saltasen un ojo y no tuviesen luego dinero para comprarse uno de vidrio.

Una vez más, Katherine Ryder se echó a reír. Milton movió la cabeza, saludó con la mano describiendo un circulo triunfal, y salió del dormitorio. El agente de policía, que estaba en el *linving*, salió al pasillo, y le acompañó hasta la puerta, que volvió a cerrar con llave.

Afuera, Milton Kovacs estaba pensativo, sombrío. La explicación debía estar en alguna parte, desde luego… Examinó el papel, y no tardó ni cinco segundos en identificar aquel dibujo de un plano que abarcaba la zona oeste de Homestead. Sí, allí estaba el cruce de Levee Canal con Grossman Drive. Y formando bisectriz con estas dos líneas, había una línea de puntos que señalaba hacia el noroeste, hacia los pantanos. En determinado punto, había una X… Perfecto. De todos modos, no tenía que sorprenderse de que una pintora tuviese gran cuidado con todos los detalles.

Cuando estuvo al volante de su coche, recordó al policía que debía estar en el exterior, pero, por más que buscó con la mirada, no pudo localizarlo.

Y cuando partió de allí, tampoco se dio cuenta de que el mismo coche partía tras él, como venía haciendo desde que saliera de su apartamento.

CAPÍTULO VI

La vio desde lejos, apenas detener el coche. Estaba en un lugar despejado, de espaldas a él, mirando hacia la densa vegetación de los pantanos. Naturalmente, ante ella estaba el caballete y el cuadro… Quizá realmente era un poco sorda, porque no volvió la cabeza al oír la llegada del coche.

Milton se apeó, y se dirigió hacia ella. Hacía un estupendo día de invierno, esto es, seco y cálido, y además, sin mosquitos… Seguramente, era por los mosquitos que los millonarios que acuden a Miami lo hacen preferentemente en invierno. El clima es bueno en el sur de Florida, generalmente, y el sol es una auténtica caricia para la piel.

Así debía considerarlo Melisa Grover, porque estaba en bikini, con los rubios cabellos recogidos atrás en una graciosa cola muy alta, dejando al descubierto la nuca.

«Pues si yo fuese ella —pensó Milton— no estaría sola y en bikini en un lugar solitario como éste. Nunca se sabe la clase de… animal que puede aparecer. Debe tener mucha confianza en sí misma».

Llegó allá, se detuvo tras ella, y se dedicó a contemplar el cuadro, con expresión crítica. Melisa volvió la cabeza, lo miró hoscamente, y dijo:

—Me fastidian los mirones.

—¡Hombre, qué casualidad! —exclamó Milton—. ¿No nos conocemos de algo tú y yo, nena?

—No creo.

Y siguió pintando. Milton se rascó la nuca.

—Pues yo juraría haberte visto antes en alguna parte… Vamos a ver: ¿Hong Kong?

—No.

—¿Honolulú?

—No.

—¿París?

—No.

—¿Moscú?

—No.

—Pues no caigo… En fin, debo haberme equivocado. Adiós, pintamonas.

Dio media vuelta, y comenzó a alejarse, metiendo las manoseen los bolsillos y comenzando a silbar.

—¡Tú sí que eres uña mona! —Oyó la furiosa voz tras él—. ¡Y desde luego, esa póliza de seguro te la va a firmar tu abuela!

Milton Kovacs se volvió, y alzó las cejas.

—No tengo abuela, nena. En cuanto a eso de que yo soy una mona, piénsalo bien. No hay que ofender: en todo caso, seré un mono, digo yo. Que no es lo mismo, te lo aseguro.

—¡Me he pasado la mañana llamándote por teléfono!

—Los monos no sabemos hablar por teléfono. Yo también te llamé, pero tu cacharro comunicaba.

—¡Porque debía estar llamándote a ti!

—Emocionantísimo… ¿Puedo saber por qué estás tan furiosa?

—¡Porque no me gusta que me tomen el pelo!

—¿Y yo te he tomado el pelo? —Se pasmó Milton.

—¡Naturalmente! ¿Sabes quién me contestó cuando te llamé a la compañía de seguros?

—Supongo que la telefonista.

—¿Cómo, la telefonista?

—Mujer…, ¿quién si no? La consumidora de hormonas: Jenny.

—¡Por mí, como si quiere consumir diablos! ¡Y qué seáis muy felices!

—Muchas grac… ¿Felices? ¿Quiénes? ¿Jenny y yo?

—¡Sí, tú y esa estúpida de la voz dulce! Parecía que se estuviese derritiendo cuando pronunciaba tu nombre…

«No, mi amorcito no ha llegado —dijo—. No, no sé cuándo llegará mi amado Milton… ¿Quiere algún recado para mi novio, señorita…?».

—¿Eso te dijo Jenny? —Se pasmó Milton.

—¡Sí, eso me dijo!

—Carambolas… Pues me voy corriendo, para encargar que le envíen un ramo de flores a la dulce Jenny.

—¡Entonces, es verdad!

—No —negó Milton, riendo—. No es verdad. Simplemente, Jenny me ha gastado una broma, en justa correspondencia a las mías sobre su consumo de hormonas. ¡Y se ha ganado el ramo de flores, porque a mí, las personas que tienen ingenio y sentido del humor me caen, pero que muy bien! ¡Vaya si le envío un ramo de flores, vaya!

—Pero… ¿no es tu novia? ¿No os vais a casar?

—Pues de momento, no lo había pensado, pero… ¿quién sabe? Quizá sea Jenny mejor que las demás. Porque a fin de cuentas, la belleza se va marchitando, y el ingenio, por el contrario, va aumentando con el paso de los años. Y cuando yo sea un viejecito arrugado y pachucho, y mi mujer también sea un puro pellejo lleno de arrugas, al menos con Jenny me reiré.

—¡Yo también tengo sentido del humor!

—¿De veras? Pues demuéstralo.

Melisa se acercó, todavía hosco el gesto, pero, de pronto, sonrió, y le echó los brazos al cuello.

—¿De verdad no es tu novia, no te vas a casar con ella?

—Lo pensaré. A menos… que encuentre algo mejor.

—¿Por ejemplo? —Adelantó su boquita Melisa.

Milton miró aquellos labios tiernos, frescos, sonrosados… Tragó saliva, y musitó:

—¿No hay teléfono por aquí?

—Claro que no —susurró Melisa.

—¿Ni timbres de puertas?

—No, no, no…

—Pues en ese caso…

Melisa cerró los ojos. Milton lo hizo también… ¡Qué día tan hermoso, tan cálido, tan maravilloso para el primer beso…!

—¡Señor Kovacs! —tronó la voz a su espalda—. ¡Queda usted detenido!

Respingaron los dos, y dieron tan formidable salto que estuvieron a punto de caer sentados sobre la hierba. Desorbitados los ojos, Milton volvió la cabeza, y vio al hombre que avanzaba

hacia allí, con gesto avinagrado.

—¿Quién demonios es usted? —gritó Milton.

—El sargento detective Faulkner, y llevo detrás de usted toda la mañana… ¡Razón tenía el teniente Lippman al ordenar que no le perdiésemos de vista! ¡Por poco se me escapa usted!

* * *

—¡Pero qué escapar ni qué narices! —aulló Milton—. ¡Sólo fui al campo a reunirme con la señorita Grover!

Sentado tras la mesa de su despacho, el teniente Lippman estaba haciendo épicos esfuerzos para no soltar la carcajada.

—De todos modos, señor Kovacs, usted desobedeció mi orden de no salir de Miami —dijo sosegadamente.

—¡Pero qué salir ni qué pitos…! ¡Fui al campo, eso es todo! ¡Maldita sea mi estampa, puede preguntárselo a Melisa!

Lippman miró a Melisa, que también estaba en el despacho. No en bikini, sino con unos pantalones tejanos y un jersey rojo que ponía en clara evidencia que ella no necesitaba tomar hormonas de ninguna clase.

—¿Es cierto eso, señorita Grover?

—Claro que sí —refunfuñó la muchacha.

—Bueno, en ese caso, pueden marcharse los dos. Y espero que disculpen al sargento Faulkner. Naturalmente, él creyó que usted escapaba, y que se reunía con un cómplice… Es nuevo en el caso, ¿comprende?

Milton volvió la cabeza, lanzó una mirada asesina al sargento de detectives, que estaba junto a la puerta, y suspiró profundamente.

—¿Ha dicho que podemos marcharnos? —musitó.

—Pues sí… Pero no salga de la ciudad, ¿eh? Por ningún motivo.

—Pero ¿por qué demonios piensa que voy a escapar?

—No pienso eso, señor Kovacs. En realidad, lo único que estoy haciendo es protegerle.

Milton quedó atónito.

—¿Protegerme? ¿A mí? ¿De qué?

—Es muy poco probable que alguien se decida a disparar contra un policía, señor Kovacs. Pero quizá, no tenga tantos reparos en disparar contra un particular que está metiendo las narices en todas partes. Yo opino que sería conveniente que usted dejase de fisgar en

este asunto, porque puede atraer las iras de alguien.

—Usted está bromeando.

—No, señor Kovacs. Usted es un hombre inteligente…, y estuvo anoche en el Selim Club. A su inteligencia, vamos a unir su… afán de ser un investigador de su compañía, y obtendremos así un hombre peligroso.

—¿Peligroso? ¿Yo?

—Usted. Estuvo en el Selim Club, y como no es ciego, debió ver allí a muchas personas. Entre ellas, a la que, en determinado momento, subió al altillo de los focos. Si usted se aparta de esto, no creo que nadie le moleste. Pero si sigue adelante, puede que en determinado momento llegue a encontrarse frente a frente con la persona que desde la sala subió al altillo de los focos, y que entonces recuerde cosas… que a esa persona no le convienen. Si yo fuese esa persona temería eso, señor Kovacs. ¿Me entiende?

Milton Kovacs parpadeó, y se pasó la lengua por los labios.

—Sí, señor —murmuró—. ¿Puedo marcharme?

—Sí.

—¿Continuará siguiéndome el sargento Faulkner?

—No. Yo no quería decirle esto a usted, pero, puesto que ya lo he hecho, voy a retirarle la protección… Espero que sepa usted cuidarse de sí mismo, ahora que sabe cómo veo yo las cosas.

—Sí, señor. Vámonos, Melisa,

* * *

—¿No piensas hacer caso al teniente Lippman? Milton dio otro mordisco al bocadillo, y movió la cabeza negativamente.

—No.

—Pero quizá el teniente tenga razón, y eso sea peligroso para ti.

Estaban en Greynolds Park, en el coche de Melisa, consumiendo el almuerzo que ésta había preparado antes de salir de casa por la mañana. Delante mismo del pequeño West Lake, cuyas aguas reflejaban la luz del sol como si fuesen una lámina.

—Precisamente eso es lo que me ha dado la idea… ¿Puedo yo realmente ser peligroso para alguien? Vamos a comprobarlo.

—Oh, Milton, por favor…

—¿A ti te gusta ir a almorzar al campo?

—Pues… sí. Sí, claro. Bueno, me he acostumbrado a hacerlo,

porque cuando voy a pintar…

—¿Siempre vas sola?

—¿A pintar? Naturalmente.

—Pero quizá allí te encuentres con alguien, ¿no?

—Ha habido ocasiones en que se han acercado algunos curiosos, claro… ¿Por qué preguntas eso?

—¿Tienes cámara fotográfica?

—Sí —se asombró Melisa.

—¿La llevas al campo?

—Casi siempre. ¿Por…?

—¿Alguna vez te has encontrado con Everitt y Carol Larkin?

—No… Yo no. No tengo ni idea de lo que estás hablando, Milton.

—Entonces, vamos a dejarlo. Y como ya he terminado con tus provisiones, me voy.

—¿Te vas? Pero creí que vendrías ahora a mi apartamento…

—No. Tengo otras cosas que hacer. Y te voy a pedir un favor, Melisa: no me busques, ni me llames.

—¿Qué quieres decir? —Palideció ella.

—Pues, nena, está bien claro: que me he cansado ya de tu compañía. Pero como el mundo da tantas vueltas, quizá volvamos a vernos algún día. Adiós, bella rubia.

Y sin más, Milton Kovacs salió del coche de Melisa Grover, y se fue hacia el suyo, que había estacionado detrás del de la muchacha. Sé puso al volante, arrancó, y pasó junto al de Melisa, sin mirarla. Sí, quizá volviesen a encontrarse, porque la vida da tantas vueltas.

CAPÍTULO VII

Oyó girar el taburete, y volvió la cabeza. Waldo Everitt se había sentado a su lado, en la barra del
Sun & Moon,
y le miraba con gran atención, quizá un tanto mosqueado.

—Ah, señor Everitt… ¿Qué tal? —saludó.

Waldo Everitt miró lo que estaba bebiendo Milton, miró al camarero, y le mostró dos dedos extendidos.

—Me permite usted que le invite, ¿verdad, señor Kovacs?

—Naturalmente. Muy amable.

—En realidad, empiezo a pensar que somos ya grandes amigos, señor Kovacs.

—Celebro que sea así —sonrió Milton.

—Sí… Muy amigos —reflexionó Everitt—. Dos buenos amigos que se ven en todo momento. Ayer tarde, por ejemplo, cuando el entierro de Carol, usted estaba allí. Si voy al Selim, usted está allí. Si vengo al
Sun & Moon,
usted está aquí. Si voy a echar un vistazo al Whiskyrama, usted está en ese club. Si voy a ver a Katy, usted está por allí cuando salgo. Esta mañana, he ido a la peluquería, y al salir, usted estaba allí… Yo creo que dos personas que conviven tanto, tienen que ser buenos amigos.

—Parece razonable —admitió Milton.

El camarero se acercó con dos vasos de *whisky*, que dejó ante ellos.

—Ah, señor Everitt —dijo—. Hace unos minutos llamó Bolders, cuando usted debía estar camino de aquí. Bueno, le estaba buscando, para decirle que no hay modo de localizar a Jeremy.

—Está bien; gracias, Sandy. Sigue con tu trabajo… Como le estaba diciendo, señor Kovacs, yo creo que usted y yo convivimos… demasiado.

—Dos buenos amigos nunca conviven demasiado, señor Everitt.

—Quizá tenga razón. —Everitt bebió un trago, pensativo, y de nuevo miró a Milton, fijamente—. El caso es, señor Kovacs, que nuestra amistad me tiene muy sorprendido. Que yo sepa, nuestra única relación antes de ahora había sido referente al contrato del seguro de las *Boom-boom* Girls. A partir de entonces, no volvimos a vernos, hasta hace tres noches, cuando asesinaron a la pobre Carol… Pero, a partir de ayer por la tarde, me lo estoy encontrando a usted hasta en la sopa, como suele decirse. ¿Por qué?

—Casualidad —sonrió Milton.

—Bien… No sé lo que pretende usted, pero sí sé lo que pretendo yo, señor Kovacs: quiero que deje de vigilarme, de seguirme, de molestarme. ¿Está claro?

—¿El qué? ¿El *whisky*?

—Se lo diré más claro todavía —dijo secamente Everitt—. Teniendo tres clubs nocturnos, no me queda más remedio que disponer de unos cuantos hombres que cuiden del orden en esos tres locales. Son unos muchachos muy amables, muy educados, elegantes… Muy discretos. Por fortuna, estamos en tiempos civilizados, y nunca pasa nada. Pero, señor Kovacs, si usted insiste en seguirme, cabe la posibilidad de que tropiece con algunos de esos muchachos, que, claro, como son humanos, pueden equivocarse… Por ejemplo, podrían pensar que usted tiene malas intenciones con respecto a mí.

—Pero yo soy su amigo, ¿no? —sonrió Milton.

—Sí —sonrió también Everitt—. Pero ya le digo que mis empleados podrían equivocarse. Sería muy lamentable, ¿verdad?

—Verdad.

—Pida otro *whisky*, si lo desea, señor Kovacs. La casa paga.

Waldo Everitt bajó del taburete, y se alejó. Milton lo estuvo mirando unos segundos. Luego, se quedó contemplando pensativamente su vaso de *whisky*…, hasta que notó la presencia de alguien a su lado. A ambos lados. Volvió la cabeza a derecha y a izquierda, y vio a dos tipos altos, fuertes, vestidos con discretísima elegancia, que le contemplaban afablemente.

—Hola, señor Kovacs, ¿qué tal? —saludó el de la derecha.

—Yo creo que el señor Kovacs está muy bien —dijo el de la izquierda—. Su aspecto es inmejorable…, por ahora.

—De acuerdo, de acuerdo —alzó las manos Milton—. Creo que iré a tomar mis *whiskys* a otro local…, aunque allí la casa no invite.

—El señor Kovacs es un hombre inteligente.

—Y sabe gastar su dinero —añadió el otro—. Por lo que mucho me terno que tardaremos bastante en verlo por aquí.

—Es una lástima.

—Ya he dicho que me voy, ¿no? —Gruñó Milton.

Saltó del taburete, y se dirigió hacia la salida. Desvió su marcha hacia una de las chicas que vendían cigarrillos paseando su estupendo palmito por el local, y le hizo una seña.

—¿Señor? —Se colocó ante él la desarrollada joven.

—Tomaré un «Chester» —unió la acción a la palabra, se guardó el paquete de cigarrillos, y dejó un billete sobre la cajita—. Un momento, por favor. ¿Puede decirme quién demonios es Jeremy? Estoy oyendo hablar de él sin parar, pero no consigo saber quién es.

—Es el segundo de a bordo —sonrió la muchacha, guardando el billete—. Gracias, señor.

—De nada, preciosa. ¿El segundo de a bordo?

—El secretario del señor Everitt.

—Aaah. Sí, entiendo. Bueno, ¿dónde está? Tengo ganas…

—Hace días que no aparece por aquí. Supongo que debe estar cuidando los negocios del señor Everitt en los otros clubs.

—Claro. Bueno, quizá lo vea mañana, pues me gusta mucho este lugar.

—Me alegro de ello, señor.

Milton obsequió a la muchacha con una sonrisa, además de la excelente propina, y se dirigió al guardarropa. Se colocó ante el teléfono, y la muchacha que atendía aquel servicio, igualmente amable y escotadita que la vendedora de cigarrillos, se le acercó.

—¿Desea telefonear, señor?

—Solamente ver la guía. ¿Puedo?

—Naturalmente, señor.

—Por cierto… Tengo que telefonear a Jeremy a su casa, pero no recuerdo su apellido. ¿Lo sabe usted?

—Si se refiere al ayudante del jefe, sí: Morris.

—¿Conoce usted su teléfono, o dónde vive?

—No… Bueno, creo que vive en Miami Beach, en la calle Once, o la Doce… No estoy segura. Por ahí, más o menos.

—Vamos a ver si lo localizo…

La muchacha le puso el listín delante, sobre el mostrador y Milton localizó en seguida a Jeremy Morris: 204, 13th Street, Miami Beach. Cerró el listín, miró a la muchacha, que estaba atendiendo a una pareja, y se alejó.

Segundos después estaba en su coche, conduciendo hacia la 13th Street de Miami Beach.

* * *

Era un impresionante edificio de siete pisos. Impresionante por lo elegante, lo moderno, lo lujoso. Detuvo el coche delante, para observarlo durante unos segundos. Luego, continuó, hasta encontrar un estacionamiento, y regresó a pie.

Entró en el espacioso vestíbulo adornado con plantas, y, en el acto, se encontró frente al portero, que acudió a su encuentro, mirándole expectante.

—¿Desea ver a alguien, señor?

—Sí, al señor Morris, Jeremy Morris. ¿En qué…?

—El señor Morris no está.

—Ah… ¿Seguro?

—Desde luego que sí. Han llamado a la portería preguntando varias veces por él con tanta insistencia que tuve que subir a llamar a su apartamento. También le llamé por el teléfono interior, y no contesta. Quizá esté fuera de Miami, como otras veces.

—¿Sale de la ciudad con frecuencia?

—Sí… Perdone… ¿Quiere dejarle algún recado?

¿Quién…?

—Trabajamos juntos, con el señor Everitt. Lo estamos buscando hace días, y quisiéramos estar seguros de que no le ha ocurrido nada. Podría estar enfermo, o algo peor… Finalmente, hemos decidido que sería buena idea echar un vistazo a su apartamento.

—No es posible eso, señor.

—¿Y si el pobre Jeremy estuviese muerto? Piense en eso: a cualquiera le puede dar un colapso, o algo así… Me consta que Jeremy no ha salido de Miami, porque el señor Everitt le está

buscando. De verdad: tememos que le haya ocurrido algo…

El forcejeo duró muy poco más, y terminó definitivamente cuando Milton alisó un billete de cien dólares ante los ojos del portero…, que se encargó de arrugarlo de nuevo, pero en su bolsillo. Subieron en el ascensor, y poco después, el portero abría la puerta del apartamento 604, con su llave maestra. Encendió la luz, y entraron los dos.

Muy pronto comprobaron que Jeremy Morris no estaba allí. Tampoco parecía que hubiese salido de viaje, pues Milton vio sus maletas en el *office* de la entrada. Y en el armario, que estaba abarrotado, cabía pensar que no faltaba nada… El portero estaba un tanto escamado ante la innecesaria curiosidad de Milton, pero éste terminó pronto, comprendiendo que no debía excederse.

—Bueno —dijo—. Todo está en orden, como si Jeremy fuese a volver de un momento a otro. ¿Dónde demonios puede estar?

—Quizá ha tenido un accidente —sugirió el portero—. ¿Por qué no le preguntan a la policía? —Buena idea.

Dos minutos más tarde, Milton Kovacs se alejaba del elegante edificio, en su coche…, llevando tras él, siempre a discretísima distancia, otro coche.

Pero, todavía quedó otro coche, delante del edificio, que habría merecido el interés de Milton. En ese coche, los dos elegantes y apuestos sujetos que habían conversado tan amablemente con él en la barra del
Sun & Moon,
se quedaron mirando el de Milton hasta que desapareció. Entonces, se miraron uno a otro.

—Quizá deberíamos… llamarle la atención al señor Kovacs, ¿no te parece. Heads?

—No sé.

—Está buscando a Jeremy. Preguntó por él en el club, a Louise; luego, pidió incluso su dirección a Shelley, en el guardarropa…

—No sé, la verdad. También nosotros estamos buscando a Jeremy, ¿no es así? Maldita sea, me gustaría saber dónde se ha metido ese idiota.

—Que nosotros lo busquemos, tiene sentido. Pero… ¿por qué lo busca el señor Kovacs? ¿Crees que Jeremy y Kovacs podían estar en relación antes de ahora?

—¿Por qué? Según sabemos, ese tipo es solamente un agente de seguros. ¿Qué puede tener que ver él con lo nuestro? Es un narizotas, eso es todo. Y otra cosa, ¿por qué tenemos que pensar nosotros tanto? ¡Que piense el jefe, que para eso es el tío listo!, ¿no?

—De acuerdo. Pero quizá hemos debido seguir al señor Kovacs.

—¡Bah! Estoy seguro de que podemos localizar a ese tipo siempre que queramos.

CAPÍTULO VIII

En su apartamento, Milton Kovacs estaba ingiriendo agua tónica y pensando. Se hallaba sentado en el sofá, ante la mesita de centro del *living*. en la cual había una cuartilla, y, sobre ésta, un bolígrafo. En la cuartilla había escrito:

> «*Carol Larkin.*
> »*Katherine Ryder, Melisa Grover,*
> »*Waldo Everitt, Jeretnv Morris,*
> »*¿ASESINO????*».

Y con esos cinco nombres estaba jugando mentalmente. Quien había llevado la peor parte, por el momento, había sido indiscutiblemente Carol Larkin. Ahora, ¿cómo relacionar a los otros cinco personajes con la pobre muchacha? O quizá sólo tenía que relacionar a cuatro. ¿Podía tener algo que ver la desaparición de Jeremy Morris con todo aquello? En principio, considerando que Jeremy Morris debía ser un pájaro tan de cuidado como los dos que se habían sentado junto a él en la barra del
Sun & Moon,
podía pensar que quizá él había asesinado a Carol Larkin, por orden de Everitt, y que éste le había enviado lejos inmediatamente. Pero, si era así, resultaba absurdo que Everitt no supiese dónde estaba su secretario.

—Demonios.

Se pasó la mano por la cabeza, en un gesto de irritación y cansancio. Por otra parte, ¿por qué tenía que ser una de aquellas personas la implicada en el asesinato de Carol Larkin? Quizá

Lippman tenía razón, y había en el asunto otra persona en la que él podría fijarse en determinado memento, Pero, visitando los tres locales de Waldo Everitt, no había visto por allí ninguna persona que mereciese su especial atención. Eso aparte de que el asesino no iba a ser tan estúpido de dejarse ver, pocos días después del crimen, por el Selim.

¡Ding-dong!, sonó el timbre de la puerta.

Se puso en pie y fue a abrir. Se quedó petrificado un instante al ver a su visitante. Luego, frunció el ceño.

—Hola, Milton —susurró Melisa Grover—. ¿Ligamos?

—Tengo mucho trabajo —mascculló Milton.

—Esperaré a que termines.

Diciendo esto, Melisa entró en el apartamento, y cerró la puerta. Se quedaron mirándose fijamente, hasta que ella se mordió los labios y bajó la mirada.

—Está bien —murmuró Milton—. ¿Quieres agua tónica, o Coca-Cola?

—Bueno.

Fueron al *living*. Milton señaló el sofá, y se fue a la cocina. Cuando regresó con un vaso y un botellín de agua tónica, Melisa estaba sentada en el sofá, mirando la cuartilla con los nombres escritos. Alzó la mirada al oírlo, y Milton vio en los hermosos ojos azules la expresión dolida de la muchacha.

—¿Has estado sospechando de mí? —preguntó con voz tensa.

—No sé. Y como yo mismo no lo sé, no puedo darte una explicación —se sentó a su lado, sirvió la tónica, y le tendió el vaso —. Me gustaría que me dijeses por qué has venido, Melisa.

Ella tomó el vaso, y bebió un sorbo. Luego dijo:

—Porque te quiero.

—¿Así, por las buenas?

—Claro —intentó sonreír ella—. No iba a ser por las malas.

—Es una respuesta digna del ingenio de Jenny. Bueno, termina tu tónica y lárgate. Ya ves que estoy ocupado.

—Te he estado llamando estos días, pero no había modo de localizarte… Ni siquiera en tu oficina.

—Así es. Mucho me temo que el señor Shannon está a punto de despedirme, a pesar de que me aprecia mucho. Pero me hago cargo de su postura: no debe tolerar una conducta como la mía.

—¿Y cuál es tu conducta?

—Lo he dejado todo para buscar a un asesino. Y no me preguntes por qué… Es algo que quiero hacer… Tengo que demostrarme a mí mismo si realmente soy capaz de investigar… De investigar con éxito, se entiende. Porque si no es así, ¿cómo puedo pretender una plaza de inspector de seguros? Cada cual debe estar en el lugar que le corresponde. Y si el mío es seguir haciendo seguros, pues seguiré haciendo seguros.

—Quizá lo que quieres descubrir es demasiado para un inspector de seguros, Milton.

—Un investigador, es un investigador. El científico debe encontrar microbios, o cosas así. El investigador de fraudes o delitos de otra clase, debe ser capaz de localizarlos. Ése es mi punto de vista. Y no pienso cambiarlo.

—Eso se llama integridad —murmuró Melisa—. Dime la verdad: ¿me echaste de tu lado para poder investigar sobre mi vida sin que yo me diese cuenta…, o me echaste de tu lado porque temías que si se cumplían los vaticinios del teniente Lippman a mí pudiese ocurrirme algo por estar contigo?

—Eres una chica lista, ¿eh? —Gruñó Milton.

—No soy tonta —sonrió ella—. ¿Cuál de las dos cosas fue? Tienes que decírmelo, Milton. He estado pensando mucho estos días, y he decidido que, pase lo que pase, quiero estar contigo. Pero si es porque quieres investigarme, me iré. No quiero esperar más… Por favor, dintelo. Aunque quizá también haya otra cosa que quieras decirme.

—¿Qué cosa?

—Pues, por ejemplo, que tú no me quieres, y que cuando te dirigiste a mí en el Selim Club fue simplemente para pasar un rato divertido con una rubia más o menos bonita.

—¿Más o menos bonita? ¡Hija mía, que estás como un tren…!

—Pero quizá eso no sea suficiente para que me quieras. ¿Sí o no?

—Supongamos que te digo que sí… ¿Harías lo que quisiera, entonces?

—Sí… ¡Sí!

—De acuerdo —gruñó Milton—: te quiero. Y ahora, lárgate.

—¿Eso… es lo que quieres que haga?

—Exactamente eso. Ya te llamaré.

—Está bien. Pero antes de marcharme…, ¿no quieres nada de mí?

—Desde luego que sí.

—Bien —sonrió dulcemente Melisa, acercándose más a él—. Tú dirás, mi amor… ¿Qué quieres de mí?

—Que me firmes la póliza del seguro de belleza.

—¡Oh!

Milton la asió por la cintura, y la apretó contra él.

—¿Ves como no tienes sentido del humor? Quizá debería ir en busca de Jenny.

—Milton… Milton, no seas cruel…

Melisa había cerrado los ojos, y ofrecía sus labios, tan tiernos, tan dulces, tan sonrosados y delicados como el pétalo de una rosa… Sí, exactamente eso parecían sus labios. Milton Kovacs acercó su bocaza a la de la muchacha, cerró también los ojos…

¡Ding-dong!, sonó el timbre de la puerta.

—¡Pero maldita sea mi estampa! —aulló Milton, poniéndose en pie de un salto—. ¿Qué es lo que pasa en este cochino mundo? ¡Estoy hasta las narices de interrupciones! ¡Sea quien sea va a saber muy pronto lo que se siente al rodar escaleras abajo! ¡Lo va a saber, te lo juro!

Se dirigió hacia la puerta a paso de carga, abrió, y en el acto comprendió que no le sería fácil tirar escaleras abajo a los dos hombres que tenía ante él. Aproximadamente de su estatura, no menos fuertes y jóvenes, de hombros anchos… Dos estupendo ejemplares de muy buena facha y rostros agradables, que sonrieron a la vez.

—¿Señor Kovacs? —preguntó uno de ellos.

—Sí. ¿Qué demonios quieren?

Los dos hombres cambiaron una mirada como de desconcierto. Luego, volvieron a mirarle, y el otro dijo:

—Perdone… ¿Es usted el señor Kovacs que trabaja en una compañía de seguros?

—Sí.

—Bueno… Así nos lo han indicado. Nosotros queremos proponerle que nos haga un seguro, y preguntando por alguien que pudiera asesorarnos debidamente, y que fuese honrado, hemos

conseguido su nombre. Pero si no le interesa un seguro con una prima de cinco millones de dólares…

Milton Kovacs consiguió cerrar la boca. ¡El mundo al revés! En lugar de perseguir él a los clientes, se le presentaban en casa, para pedirle que les hiciese una póliza… ¡de cinco millones de dólares!

—Pasen —masculló.

—Sería mejor que viniese usted con nosotros. El señor Redgrave le está esperando en su yate…, si le parece bien.

—Pasen. Tengo que recoger mi portafolios. Y además, hay una visita a la que tengo que despedir. Cuestión de un minuto.

—Ah, tiene una visita. Bien…

Entraron los dos. Milton cerró la puerta, y señaló hacia el fondo del apartamento. Entraron los tres en el *Iiving*. Melisa se puso en pie, mirando turbada a Milton, que señaló a los nuevos visitantes.

—Si te lo cuento, no te lo creerás. Ellos son los señores…

—Smith y Brown —sonrió uno.

Milton se quedó mirándolos fijamente, mientras una leve palidez aparecía en su rostro. Melisa comenzó a caminar hacia la puerta.

—Yo me voy, Milton. Ya me llam…

—No, no —dijo Smith—. No tiene por qué separarse de su novio, señorita. Puede venir con nosotros.

—Oh, no. Gracias, pero…

—Insisto —sonrió de nuevo Smith—: venga con nosotros. No va a molestarnos, ¿verdad, Brown?

—Claro que no. Está invitada, y no admitimos negativas.

Melisa miró a Milton, que continuaba pálido. Devolvió la mirada a la muchacha, susurrando:

—Si no me pareciese ridículo, me abofetearía yo mismo.

—No se lo tome así, señor Kovacs —dijo amablemente Brown—. Hay que conservar la dignidad y la tranquilidad en todo momento. Creo que tiene que recoger su portafolios, ¿no?

—Dudo mucho que llegue a necesitarlo.

—Oh, pero de todos modos hay que dar una sensación de veracidad a todo esto. Por favor, recójalo y vámonos.

Melisa, que había ido mirando de uno a otros, preguntó, con voz un tanto aguda:

—¿Qué… qué pasa, Milton?

—Pasa lo que no habría pasado si te hubieses quedado en tu

casita. Supongo que ya estarás contenta. ¡Maldita sea, ¿no te dije que no te acercases a mí, que yo te llamaría?!

—Pero…

—Por favor —instó Smith—. Ya discutirán después. ¿Vamos, señor Kovacs?

Milton recogió la chaqueta de sobre un sillón, y luego el portafolios, que se estaba llenando de polvo en la librería desde hacía dos días. Fueron los cuatro hacia la puerta. Allí, Milton se volvió hacia los dos hombres.

—¿Qué tendría de malo que ella se fuese? —murmuró.

—No, lo siento, señor Kovacs. Bajemos: nos está esperando un amigo en un coche.

Smith y Brown llevaban la mano derecha metida en el bolsillo de aquel lado del pantalón, en un gesto admirablemente natural. Pero a Milton le pareció siniestro, y, desde luego, muy significativo.

Salieron los cuatro, cerró la puerta con llave, y fueron hacia el ascensor. Melisa se había agarrado al brazo de Milton, y no parecía capaz de reaccionar en otro sentido, quizá porque también ella estaba comprendiendo.

Bajaron, salieron a la calle, y en el acto un coche se acercó. Se detuvo ante ellos, junto al bordillo. Smith abrió la puerta de atrás, mirando sonriente a Melisa, que tras mirar a Milton, entró en el coche. Milton lo hizo detrás. Luego, Brown, a su lado. Smith se sentó delante, junto al conductor. Pero volvió en seguida la cabeza.

—Estoy seguro, señor Kovacs —dijo mirando un instante a Melisa—, que usted es un muchacho inteligente, y que por lo tanto, no buscará problemas a nadie.

Milton no contestó. ¿Qué podía decir? ¿Que sí, que había comprendido que iban armados y que en cuanto intentase algo matarían a Melisa…? Eso era obvio.

El coche se puso en marcha de nuevo.

Quince minutos más tarde, se detenía a la izquierda de Bayfront Park, en City Yacht Basin. Smith salió del coche, y también lo hizo el conductor, y Brown. Cuando salieron Melisa y Milton, los tres hombres, siempre con toda naturalidad, controlaban perfectamente la situación. Smith señaló hacia donde se veían las luces de algunos yates anclados, y emprendió la marcha hacia allí… Llegaron a un yate cuyo nombre pudo ver Milton en la proa: *Bringsea*. Cuando

llegaron a cubierta tras recorrer la blanca pasarela, apareció otro hombre, sonriente.

—Vaya —dijo—. ¿Y la chica para qué la queremos?

—Podemos venderla a los piratas —replicó Smith.

El hombre se quedó riendo, en cubierta, mientras la comitiva se dirigía a la entrada al interior del yate. Un yate grande, hermoso, blanco… En pocos segundos llegaron al confortable *living-yacht*, donde habían dos hombres más, sentados en el diván corrido bajo el ventanal que quedaba a la altura de la cubierta. A uno de ellos no lo conocían. Al otro, sí, y Melisa no pudo evitar una exclamación de asombro:

—¡Señor Everitt!

Éste pareció no oírla. Tenía fruncido el ceño, y miraba hoscamente a Smith, Brown y el otro.

—¿Qué hace ella aquí? —Gruñó.

—Estaba allí, con el señor Kovacs. No nos había visto aún, pero nos oyó. Bueno, así fueron las cosas, señor Everitt.

—No tienes por qué preocuparte —dijo el otro sujeto—: nos encargaremos de los dos.

—Está bien. —Everitt se puso en pie, mirando a Milton—. Ya le dije, señor Kovacs, que no se metiese en mis asuntos. Y después de eso, usted siguió haciéndolo. ¿Para qué buscaba a Jeremy Morris?

—Usted debe saberlo, puesto que se ha asustado —musitó Milton.

—No. Yo sé por qué le busco yo, pero no por qué le busca usted. Y me gustaría que me lo dijese, señor Kovacs.

—La verdad es que ni yo mismo sé exactamente por qué se me ha ocurrido buscarlo. Estoy hecho un lío.

—¿Un lío? ¿Con qué?

—Con el asesinato de Carol Larkin, naturalmente.

—Ah, eso… Sí, entiendo. Verdaderamente, ese asunto es muy intrigante, pero dejaremos que lo resuelva la policía, ¿no le parece?

—Si la policía lo resuelve, está usted perdido, Everitt.

—¿Yo? —Se pasmó Everitt—. ¿Por qué? ¿Acaso cree que yo he tenido algo que ver con la muerte de Carol?

¿No?

Waldo Everitt miró a Milton con verdadera lástima. Acabó por mover la cabeza con gesto conmiserativo, y se volvió hacia el

hombre que continuaba sentado en el diván.

—Me parece que me he alarmado innecesariamente con respecto al señor Kovacs —dijo; encogió los hombros—. Pero ya no tiene remedio: ahora no podemos dejarlo marchar.

—Claro que no. ¿Te llevas la mercancía?

—Desde luego. Heads y Rooney me están esperando en la lancha. En cuanto aparezca en cubierta se acercarán, y la cargaremos… Siento no haber podido acudir esta vez con el yate a tu encuentro en alta mar, Charles, pero ya te he dicho lo que ha pasado. Y con eso de Carol, la policía se interesaría demasiado por mí si desobedeciese la orden de permanecer en Miami. Lo tenía todo preparado, pero…

—Ya no tiene remedio. De todos modos, debemos evitar que esto vuelva a ocurrir: es muy peligroso para mí acercarme a Miami con toda esa mercancía a bordo.

—Lo siento —refunfuñó Everitt—. Bien, adiós…

Le tendió la mano al llamado Charles, dirigió una mirada a Melisa y Milton, y se dirigió hacia cubierta.

—Tumer —miró Charles al chófer del auto—, ve con Everitt y entrégale la mercancía. Luego, dile a Hank que podemos zarpar.

—Muy bien, señor Latham.

Turner se fue en pos de Everitt, y Charles Latham miró entonces a Smith y Brown.

—Encerrad a éstos en un camarote hasta que lleguemos a alta mar.

—Sí, señor —asintió Brown—. Ustedes, caminen hacia el pasillo.

Segundos más tarde. Melisa y Milton eran encerrados en uno de los camarotes. Desde allí, oyeron el rumor de una lancha que se acercó al yate, y que se alejó muy pronto. Casi en seguida, el yate comenzó a trepidar, al ser puestos los motores en marcha.

—Milton —lo miró Melisa—, ¿qué piensan hacer con nosotros…?

El todavía agente de seguros se pasó la lengua por los labios. Bien: ¿qué ganaba mintiéndole a Melisa?

—Nos van a matar —dijo sosegadamente—. Pero no lo harán hasta que salgamos de las aguas jurisdiccionales, por si se acercase algún guardacostas. Si así fuese, dirían que somos invitados suyos…, y si los desmentíamos, iban a matar a más gente. Si

ninguna lancha guardacostas se acerca, en cuanto estemos en alta mar nos matarán y nos tirarán al agua. Eso es todo, Melisa.

CAPÍTULO IX

Melisa se sentó en el borde de la litera, y comenzó a llorar, silenciosamente, con la mirada fija en el suelo, las manos en el regazo. Milton la miró, vaciló, y se acercó a ella. Se arrodilló delante, y le tomó las manos.

—No llores, mi amor… Todavía podemos hacer algo.

—¿Qué… qué vamos a hacer…? —Hipó ella—. ¡Son unos asesinos, nos matarán, como hicieron con Carol…!

—No, no… Esta gente no tiene nada que ver con eso.

—Pero sí el señor Everitt… ¡El es un…!

—No. No, Melisa… ¿No lo has comprendido? El señor Everitt es un traficante de drogas, seguramente. Tiene tres clubs elegantes, y partiendo de ellos, ha conseguido una clientela selecta para el consumo de drogas, que le trae ese Charles Latham, seguramente desde las Bahamas. Normalmente, cada vez que el señor Everitt hace un… crucero de placer, se encuentran en alta mar con Latham, y éste le pasa la mercancía. Esta vez no ha podido ser así, porque Everitt no ha querido arriesgarse a llamar la atención de la policía haciéndose a la mar. No es tan tonto. Ha preferido esperar a que Latham se llegase a Miami, y le llamase… Entonces, Everitt ha aprovechado la ocasión para que Latham y sus hombres me quitasen de en medio, pues me estaba poniendo muy pesado. Y de paso, ha recogido la mercancía… ¡Oh, no podemos perder el tiempo ahora en explicaciones! ¡Vamos a salir de aquí!

—¿Sa-salir de… de aquí? ¿Del yate? —No. Del yate no sería posible. Esos hombres están armados, y nos matarían en cuanto nos viesen. Pero se me ha ocurrido algo que quizá dé resultado, y, muertos por muertos…

Le dio unas palmaditas en las manos y un besito en la nariz.

Luego, se acercó a la puerta del camarote, y aplicó un oído a la madera, mientras miraba de reojo a Melisa, que se había erguido y lo contemplaba con ojos desorbitados.

Milton le guiñó animadamente un ojo. Sacó el alambre que días atrás había utilizado para abrir la puerta del apartamento de Carol Larkin, y lo deslizó cuidadosamente en la cerradura… Lo había tomado del coche para entrar en el apartamento de Jeremy Morris, pero la presencia del conserje del edificio apenas entrar en éste, había simplificado las cosas, le había evitado tener que recurrir de nuevo a aquel procedimiento. Pero ahora era necesario. Si conseguía abrir aquella puerta…

Melisa se deslizó hasta él, y se arrodilló, delante de la puerta.

—¿Qué ganaremos si consigues…? —¡Sssst!

Milton continuó hurgando con el alambre en la cerradura. A su lado, Melisa miraba como si esperase el gran milagro…, que se iba retrasando, retrasando… Miró la frente de Milton, que estaba cubierta de finas gotitas de sudor, y le pasó la mano.

—¡Estate quieta! —jadeó Milton.

—Sólo quería…

—¡Sssst!

Melisa se mordió los labios, y continuó mirando la cerradura… A los pocos minutos, le pareció oír un chasquido, y miró vivamente a Milton, en cuyo rostro había aparecido una expresión de triunfo. Manteniendo el alambre en la última posición con la mano derecha, utilizó la izquierda, para mover el pomo hacia este lado. El suave chasquido fue más audible esta vez. Milton tiró del pomo, y la puerta se abrió un par de centímetros.

Retiró el alambre, se irguió rápidamente, y ayudó a Melisa a hacerlo. Le hizo un gesto de espera, y se asomó cautelosamente al pasillo. Nadie. Acabó de abrir, y salió, tirando de una mano de Melisa, y señalando hacia popa, hacia el fondo del pasillo. Allí había una puerta que, ciertamente, no estaba cerrada con llave. La abrieron, y salieron a una pieza cuadrada, de reducidas dimensiones. A la izquierda había una escalerilla de tubo metálico, que subía hacia cubierta. Encima de ellos, un recuadro negro lleno de estrellas.

Melisa se estremeció, al notar el frío aire marino, pero Milton no le hacía el menor caso ahora. A la derecha había otra puerta, y, a

juzgar por el olor que percibía, debía tratarse de la cocina. Y delante, otra puerta más, que era la que encerraba todas las esperanzas de Milton Kovacs. Esperanzas que parecían bien fundadas, pues oía con gran potencia el rugir de los motores del yate.

Abrió la puerta de enfrente, y, en efecto, allá estaba la pequeña sala de máquinas. Encendió la luz, vio los motores, y miró vivamente, a todos lados. Era un lugar estrecho, grasiento, rugiente…

Salió de él, cerrando la puerta.

—No te muevas de aquí —susurró.

Empujó la puerta de la cocina, y entró. El cocinero estaba sentado ante una pequeña mesa abatible, bolígrafo en mano, haciendo anotaciones en un papel. Alzó la cabeza, abrió la boca…, y se quedó así, pasmado.

Antes de que tuviese tiempo de gritar, el puño derecho de Milton le cerró la boca con un gancho que hizo crujir las mandíbulas del hombre, derribándolo de la silla. El cocinero chocó contra unos armaritos bajos, rebotó, se puso de rodillas, abrió de nuevo la boca…, y recibió el espantoso puntapié por debajo de ésta, en plena garganta. Pareció que fuese a volar, cayó de espaldas, y se quedo inmóvil, con los ojos en blanco.

A toda prisa, Milton *comenzó* a cargarse de cuchillos, cucharas, tenedores… Todos los objetos metálicos que fue encontrando los fue apilando en el hueco de su brazo izquierdo doblado. Luego, puso una rodilla en tierra, junto al cocinero, y le pasó la mano por el cuerpo.

—Maldita sea… ¡Precisamente éste no lleva pistola!

Salió de la cocina. Afuera esperaba Melisa, que abrió mucho los ojos una vez más.

—Entra ahí —señaló Milton la sala de máquinas.

Entró tras ella, cerró la puerta, y encendió la luz. El rugido de los dos motores gemelos era terrible… Medio minuto más tarde, uno de los motores se detuvo en seco debido a la avería provocada por Milton con varias cucharas. El yate se estremeció, vibró, comenzó a dar sacudidas. Tan sólo quince segundos más tarde, se detuvo el otro motor. El yate dio una cabezada. Luego, el silencio, el suave deslizarse de la hermosa embarcación, siguiendo el anterior

impulso de los motores. Muy pronto, el yate se detendría completamente.

—Ponte ahí detrás, como puedas —señaló Milton uno de los motores.

Agarró dos cuchillos, y se puso junto a la puerta…, que no tardó en abrirse ni siquiera diez segundos. Hank apareció, parpadeó un instante…, y en ese mismo instante, Milton Kovacs lanzó la cuchillada, con toda su fuerza, a la altura del vientre de Hank. Éste se llevó las manos al vientre, volvió la cabeza, miró a Milton con expresión de angustia, desorbitados los ojos, y cayó de bruces, encogido, con un tremolante gemido en los labios.

Hank sí llevaba pistola. Milton se la arrebató, tiró los cuchillos a un lado, y sacó el cargador. Completo. Lo volvió a incrustar en la culata, con un seco golpe, y cerró la puerta… A los pocos segundos, afuera se oyó una voz:

—¡Hank! ¿Qué pasa ahí? ¿Has encontrado la…?

—¡Hank está muerto! —gritó Milton—. ¡Y yo tengo su pistola! ¡Prepárense a naufragar!

Oyó la exclamación. Luego, el resonar de unos zapatos en la escalerilla de tubo metálico… Retrocedió, colocándose junto a Melisa, que estaba manchada de grasa por todas partes, y apuntó la pistola hacia la puerta.

Ésta se abrió bruscamente, y apareció Brown, pistola en mano, crispado el rostro.

—¡Esto os va a…!

¡*Crack*!, restalló el disparo efectuado por Milton.

Brown lanzó un chillido, y saltó hacia atrás, soltando la pistola, que fue a caer dentro de la sala de máquinas. Milton se apresuró a gatear hasta ella, la cogió, y se incorporó lo suficiente para ver a Brown tendido en el pequeño distribuidor a cielo descubierto…

—¡Brown! —Oyó arriba—. Brown, ¿qué ha sido…?

Nada más. Desde arriba, Smith debía haber visto a Brown, y esto le había hecho enmudecer de pronto.

Milton cerró la puerta de nuevo, recogió la pistola de Brown, y se la guardó en un bolsillo. En el otro, la de Hank. Tomó una gruesa palanqueta de acero, se acercó al casco, y comenzó a golpear… Varios golpes después, se detuvo, frunció el ceño, y contempló lo que había conseguido: nada. Sacó una de las pistolas, se colocó a

cubierto, y disparó varias veces contra el casco de la embarcación, astillándolo. Cuando reanudó los golpes, el resultado comenzó a notarse en seguida. Y segundos después, una tromba de agua penetraba en la sala de máquinas.

Miró a Melisa, que estaba palidísima, mirando el agua. Milton casi consiguió sonreír.

Abrió de nuevo la puerta, colocándose a un lado… No había nadie allí.

—¡Latham! —gritó—. ¡Acabo de agujerear el casco del yate! ¡Nos estamos hundiendo!

Y no era una broma, ciertamente.

El nivel del agua alcanzó muy pronto hasta el pecho de Melisa, que parecía paralizada. Milton le hizo señas de que se acercase, y estuvieron allí hasta que el agua rebasó la altura del tramo de escalones de madera, y comenzó a salir al distribuidor, es decir, al nivel del piso de la cocina, y del pasillo… El cocinera apareció de pronto en el distribuidor, con las manos en la garganta, lívido el rostro, dando traspiés.

Acabó por resbalar en el encharcado piso, y cayó sentado. Inmediatamente, se puso de rodillas, apoyó las manos en el suelo… Y entonces vio ante él una pistola, a menos de medio metro. Respingó, vio a Milton tras la pistola, sosteniéndola firmemente, y quedó más pálido de lo que estaba, petrificado.

—Hay una vía de agua —dijo serenamente Milton—. ¡Las mujeres y los niños primero!

El cocinero parecía incapaz de reaccionar. Volvió a mirar la pistola, de nuevo a Milton… Comenzó a ponerse en pie, lentamente. Comprendió que el hombre que le apuntaba era incapaz de disparar contra él en aquellas condiciones, y acabó de incorporarse lo más rápidamente que pudo, para lanzarse a todo correr hacia el pasillo, aullando:

—¡Señor Latham, nos estamos hundiendo…! Resbaló de nuevo, se deslizó por el encharcado suelo y volvió a ponerse en pie, y a seguir corriendo y gritando.

En cuanto desapareció, Milton se volvió hacia la aterrorizada Melisa.

—Ese hombre no ha dicho ninguna tontería: nos estamos hundiendo. ¡No me digas ahora que no sabes nadar!

—No… No…

—¿No sabes? —gritó Milton.

—Sí… sí sé, sí…

—Pues tendremos que hacerlo. Vamos.

Se fueron en pos del cocinero, que ya debía haber subido a cubierta. El nivel del agua les llegaba ya más arriba de los tobillos, y, por supuesto, la pequeña sala de máquinas estaba ya completamente inundada.

—Toma esta pistola —le tendió Milton a Melisa una de las conseguidas—. Si cuando llego arriba me disparan, no salgas de aquí hasta el último momento, y dispara contra todo aquel que veas.

—Milton, Milton…

—Lo siento, mi amor. Así son las cosas. Y si salimos de ésta, espero que habrá servido para que comprendas que la mujer debe obediencia al hombre.

Se dirigió escalones arriba, vigilante. En cualquier momento, uno de los hombres que quedaban vivos a bordo podía aparecer ante él, dispuesto a matarle… Pero no había cuidado. Lo supo cuando apareció cautelosamente en cubierta, y no vio a nadie. Completamente empapado por su permanencia en la sala de máquinas, se estremeció cuando el aire de la noche se filtró entre sus ropas.

Oyó el sonido de un pequeño motor. Corrió hacia la borda, por estribor, y vio la pequeña lancha alejándose del yate. No podía decirse que Charles Latham fuese un hombre desprevenido, ciertamente, pero, como suele decirse, a enemigo que huye, puente de plata…

—Quizá quede otra pequeña lancha en el yate.

No quedaba ninguna lancha más. Lejos, muy lejos, se veía el resplandor de las luces de Miami. Tan lejos, tan lejos, que lo mismo habría dado que Miami estuviese a quinientas millas.

—Tengo que encontrar una solución… ¡La radio del yate!

Se lanzó escaleras abajo, y lanzó un grito cuando una bala rebotó junto a sus pies.

—¡Soy yo! —aulló—. ¡Maldita sea mi estampa, soy yo!

Cuando llegó abajo, Melisa todavía estaba apuntando hacia lo alto con la pistola. Tenía el rostro desencajado, y los ojos más

desorbitados que nunca.

—¡Ayúdame a buscar la radio! ¡Podemos pedir ayuda a los guardacostas con ella! ¡De prisa!

La encontró él…, pero hecha trizas. Sí, señor: Charles Latham era un tipo de cuidado.

—Podemos incendiar el yate —murmuró—. ¡Si conseguimos encender fuego en la cubierta, lo verán desde lejos, y puede que alguien venga a ver qué ocurre! ¡Yo voy a cubierta a buscar algo que pueda arder, tú ve a la cocina a buscar cerillas! ¡Melisa, despierta!

Regresó a cubierta…, y una vez más tuvo motivos para admirar la inteligencia de Charles Latham: no se había alejado con la lancha, sino que, una vez a conveniente distancia del yate, se dedicaba a navegar alrededor de éste, que oscilaba a merced del leve oleaje.

—Están esperando que saltemos al agua para acribillarnos —dijo aterrado Milton—. Si saltamos al agua, vendrán hacia nosotros con la lancha, y nos acribillarán. Y si no saltamos, nos hundiremos con el yate.

Melisa subió a cubierta, y, temblando, tendió un estuche de cerillas a Milton.

—Es inútil —murmuró éste, mirando hacia la lancha que seguía dando vueltas alrededor del yate—. Ahora es inútil, Melisa.

—Te-te-tengo un… un frío es-espantoso.

—Me gustaría tener ocasión de verte metida en cainita con una linda pulmonía —dijo él—. Eso querría decir que habríamos regresado a tierra. Y de una pulmonía no se muere hoy casi nadie…

El potentísimo foco de luz apareció de pronto, en dirección a Miami. Fue como un gigantesco rayo que rasgase la lívida claridad de las estrellas y la luna en cuarto menguante. Cayó de lleno sobre el yate, y Melisa y Milton reaccionaron a la vez, alzando un brazo para proteger sus ojos.

—¿Qué demonios…?

Por encima del rugir del motor de la pequeña lancha de Charles Latham llegaba ahora otro rugir, mucho más poderoso, que muy pronto reveló su procedencia: la velocísima lancha de la U.
S. Coast
Guard apareció, siempre con su gran reflector apuntado hacia el yate, mientras la lancha de Latham se alejaba, mar adentro…

Los motores de la lancha guardacostas fueron parados. Y mientras la embarcación se acercaba al yate, la voz llegó hasta Milton y Melisa, ampliada por el megáfono:

—¡Señor Kovacs, están todos detenidos! ¡Colóquense en la cubierta, con los brazos en alto!

—¡Es el teniente Lippman! —aulló Milton—. ¡El maravilloso teniente Lippman!

Se acercaron los dos a la borda, y Milton comenzó a gritar y agitar los brazos, siempre dentro de la cegadora luz del reflector.

Un minuto después, ayudados por dos tripulantes de la lancha guardacostas, Melisa y Milton saltaban a ésta. En seguida vieron a Lippman ante ellos, mirándoles con el ceño fruncido. Y junto a él, más policías, y al detective, sargento Faulkner.

—Señor Kovacs…

—¡Tenemos que seguir mar adentro! —le interrumpió Milton—. ¡El socio de Everitt está escapando en una lancha! ¡Teniente dé esa orden, y mientras les alcanzamos yo se lo explicaré todo…! ¡Por el momento, sepa que Everitt y ese socio, llamado Charles Latham, hace tiempo que están introduciendo drogas en Miami!

Lippman se volvió hacia el oficial que comandaba la lancha.

—Hagan lo que ha dicho el señor Kovacs… Y avísenme en cuanto alcancen esa lancha. Ustedes vengan conmigo adentro. Espero que encontraremos algo de ropa, o se van a morir de frío.

—Tenemos algunos uniformes, teniente —dijo uno de los guardacostas—. Si se conforman con eso…

En menos de un minuto, Melisa y Milton recibían la ropa ofrecida, con la cual, por supuesto, se conformaron. Melisa entró en el pequeño cuarto de mando, para cambiarse, mientras Milton lo hacía ante el teniente Lippman y el sargento Faulkner, tras secarse con una toalla, y hablando rápidamente, explicando lo sucedido… Todavía no había terminado cuando el joven comandante de la lancha apareció.

—¡Teniente hemos alcanzado esa lancha, pero no quieren detenerse!

—¡Vamos allá, Faulkner! —exclamó Lippman.

Dejaron sólo a Milton, terminando de vestirse. Mientras lo hacía, volvió a oír la voz de Lippman por el megáfono, amortiguada por el rugir de los motores. Y de pronto, el cañonazo…

Melisa se reunió con él mirándola de nuevo asustada.

—¿Qué… qué ha sido eso…?

—Un cañonazo —musitó Milton.

Se quedó mirándola, y, de pronto, sonrió. Estaba graciosísima. Milton se acercó a ella, la abrazó, miró a todos lados, frunció el ceño… Se quedó mirando la boquita de Melisa. Esta vez nadie iba a impedirle besarla, por fin… ¡Nadie!

—¡Por fin voy a poder bes…!

—¡Atchis! —le interrumpió ella.

—Oh, Dios mío, ¡NO! —clamó Milton—. ¡Te has resfriado!

—Lo… lo siento…

—¡Pues no me importa! ¡He dicho que voy a besarte ahora, y nadie va a poder impedírmelo! ¡Ni siquiera unos cuantos millones de bacterias! ¡Así que…!

—¡Atchis!

—Salud. Y ahora…

—Les hemos tenido que disparar —sonó la voz detrás de Milton —. Nos estaban disparando con sus pistolas, y, evidentemente, no estaban dispuestos a entregarse. Están camino del fondo del mar… ¿Le ocurre algo, señor Kovacs?

Milton, que se había separado de Melisa para sentarse rabiosamente, dirigió una fulminante mirada al teniente Lippman.

—Nada —masculló—. No me ocurre nada. ¡Nada!

Capítulo X

—Sírveme una copa —pidió Waldo Everitt.

El camarero asintió, complaciente. Estaban a punto de cerrar ya, pero no era cosa de negarse a servirle nada menos que al patrón. Así que fue en busca de la botella de *whisky* de la marca preferida por Everitt. Regresó prestamente, le sirvió, y abrió la boca, para hacer un comentario. Mientras abría la boca, miraba hacia la puerta de la sala. Y, mirando hacia allí, se quedó con la boca abierta.

Everitt bebió un trago, dejó el vaso, y miró a su empleado.

—Ya puedes…

Vio el gesto de éste. Hizo girar el taburete, para ver qué era lo que causaba el pasmo del camarero, y, de momento, todo lo que vio fue un tipo vestido de uniforme, azul marino que caminaba hacia la barra del

Sun & Moon.

Al instante siguiente, vio el rostro del uniformado sujeto, y, entonces, Waldo Everitt palideció intensamente. Su mirada se desplazó velozmente por la sala, hasta localizar a Heads y a Rooney, que se acercaban ya a toda prisa, tan pálidos como su jefe.

Pero, antes de que llegaran los elegantes y discretos encargados del orden en el club, el tipo uniformado se sentó junto a Everitt, y, mirando al camarero, pidió:

—Un *whisky*, por favor. Paga la casa —miró amablemente a Everitt—. ¿Verdad, señor Everitt?

Waldo Everitt se pasó la lengua por los labios, miró al camarero tras hacer girar de nuevo el taburete, y asintió.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

—¿Se refiere al uniforme? Ahora me dedico a esto: siempre me ha gustado mucho la mar. Y a usted también debe gustarle mucho,

ya que se compró un yate. ¿No es así?

—¿Cómo ha podido escapar?

—Señor Everitt, le supongo lo bastante inteligente para comprender por sí mismo las cosas al verme con este uniforme… Hola, muchachos.

Heads y Rooney miraron a Everitt, pero éste los ignoró. El camarero sirvió el *whisky* a Milton Kovacs, que bebió un trago con evidente placer, y luego exclamo:

—¡Brrr…! ¡Qué frío he pasado!

—¿Ha avisado a la policía, señor Kovacs?

—No. No hizo falta. Resulta que mi amado sargento Faulkner es un bellaco embustero: me dijeron que no me seguirían más, pero no me han perdido de vista ni un minuto. Así que, cuando el sargento Faulkner vio que me iba en un yate, corrió a decírselo al teniente Lippman. Qué chivato, ¿verdad? Y el teniente Lippman dijo: ¿Ah, sí? ¿Conque está intentando escapar? ¡Eso es que el señor Kovacs tiene algo que ocultar o temer! ¡Vamos tras él!… Y dicho y hecho: corrieron en busca de una lancha guardacostas, y salieron detrás nuestro. Cuando nos alcanzaron, las cosas estaban bastante mal para mí y para la señorita Grover, pero ya ve que salimos del apuro…

—¿Qué le ha contado usted al teniente Lippman?

—¡Hombre…! ¡Qué había de contarle! Pues todo lo que oí, vi y comprendí… ¿Ha distribuido ya la droga?

—Todo esto es una gran complicación para todos, señor Kovacs.

—Se equivoca —le miró fríamente Milton—: la complicación es solamente para usted, Everitt. La policía está rodeando el club, y nadie va a poder salir sin su autorización. Yo soy una especie de embajador de buena voluntad. Ésta es la oferta, Everitt: reúna pacíficamente a sus sicarios, y salgan del local con las manos en alto. Serán amablemente invitados a subir a un coche especial, y nadie saldrá perjudicado. ¿Qué le parece?

—Supongo que no puedo hacer otra cosa —dijo con voz aguda Everitt.

—Me temo que no. Lo único que conseguiría sería que resultasen heridas algunas personas, y eso empeoraría su situación.

—Podemos matarle a usted —deslizó el elegante Heads.

Milton se volvió, y lo miró de arriba abajo.

—¿Sí? Bueno, pimpollo, hay algo que todavía no he dicho: ya hay media docena de policías de paisano dentro del club, vigilándonos a los cuatro…, y a todo el mundo, intente usted meter la mano en el bolsillo, aunque sea para sacar el pañuelo y sonarse sus sucias narizotas, y verá lo que pasa. ¿Quiere probarlo?

Heads miró a Everitt, pero éste negó con la cabeza. Parecía una agradable reunión de amigos. Nadie había perdido la compostura… Waldo Everitt seguía siendo el elegante, sobrio, guapo, atractivo sujeto que todos conocían.

—Es una estupidez arriesgarse a morir cuando la situación puede salvarse de otro modo —dijo—. De acuerdo, Kovacs: salgamos de aquí.

—Hay un punto… casi de índole personal que quisiera aclarar, Everitt: no fue usted quien ordenó la muerte de Carol Larkin, ¿verdad?

—Claro que no.

—Ni sabe dónde está su… secretario, Jeremy Morris.

—No.

—Salgamos —señaló Milton hacia la puerta.

Se dirigieron hacia allí, pausadamente, con gran sosiego. Heads vio que, en efecto, algunos hombres, con toda naturalidad, se dirigían también hacia la puerta. Los que parecían bebedores de última hora, eran policías. Así de simple.

Cuando salieron a la calle, el teniente Lippman estaba allí, y se acercó rápidamente a ellos. Por detrás, llegaron los policías que habían estado en el club, y cachearon a Everitt y a sus dos empleados.

—¿Quedan más, señor Everitt? —preguntó Lippman.

—En el club, no.

—¿Están trabajando? ¿Distribuyendo las drogas?

—En general, sí.

—De acuerdo. Solucionaremos eso gracias a la información que usted tendrá la amabilidad de facilitarnos. ¿Le parece bien?

—¿Acaso puedo hacer otra cosa? —insistió Everitt.

Lippman movió negativamente la cabeza. Miró a Millón.

—Gracias por su colaboración, señor Kovacs. No estaba obligado a ella, en modo alguno.

—Ya lo sé. ¿Podemos marcharnos Melisa y yo?

—El sargento Faulkner los llevará a sus respectivos domicilios en consideración a su colaboración. Pero, señor Kovacs, mañana a las nueve los esperamos a usted y a la señorita Grover en el Departamento, para hacer una declaración en toda regla.

—*Okay*.

Milton fue hacia el coche de Lippman, seguido de Faulkner, que fue a sentarse ante el volante. Milton lo hizo atrás, junto a Melisa.

—Si no le importa, sargento —pidió—, preferiría acompañar a la señorita Grover a su apartamento.

—Claro que no me importa —sonrió Faulkner.

—Es usted adorable. ¿Le he dicho que lo amo?

—No —rió Faulkner—. Pero maldita la falta que me hace.

* * *

—Subiré con ustedes, si no les importa, para asegurarme de que todo está bien en el apartamento.

—¿Qué…? Ah, ya. Claro, todavía hay un agente custodiando a Katherine Ryder, supongo.

—Y otro por aquí fuera —sonrió Faulkner.

—A eso le llamo yo hacer bien las cosas.

Salieron los tres del coche, entraron en el edificio, subieron al apartamento, y Melisa hizo un gesto de impotencia.

—Perdí mi llave —dijo.

—Y yo mi portafolios, así que no podrás tampoco esta noche firmarme la póliza del seguro de belleza. ¿Qué tal sí llamamos?

Faulkner estaba ya pulsando el timbre. Naturalmente, les abrió la puerta el agente de uniforme encargado de la custodia de Katherine Ryder. Vio a Faulkner, y se apresuró a guardar el revólver que había empuñado.

—¿Todo bien, Fellows? —preguntó Faulkner.

—Sí, señor. Estaba leyendo en el salón… La señorita Ryder está durmiendo ya.

—Estupendo.

Fellows cerró la puerta cuando hubieron entrado los tres. Melisa fue a un lado de ésta, y descolgó las llaves que pendían de un colgador dorado, que parecía de oro, pero que, naturalmente, era de latón.

—Utilizaré las de Katy mientras ella esté en cama. Además,

mañana tendré que llevarlas para que me hagan otras para mí.

—Bueno —dijo Faulkner—. ¿Le espero en el coche, señor Kovacs?

—¿Por qué? —sonrió Milton—. Si está aquí el agente Fellows, puede estar usted. Además, no soy de los que están un siglo para despedirse. Sin embargo, me gustaría saludar a la señorita Ryder…

—¿A Katy? —se sorprendió Melisa—. ¡Pero está durmiendo…!

—Pues la despertaremos.

Milton se dirigió hacia el fondo del apartamento, seguido al instante por la asombrada Melisa. Fellows y Faulkner se miraron, encogieron los hombros, y pasaron al saloncito.

Mientras tanto, Milton y Melisa habían llegado al dormitorio de Katherine Ryder, y el primero encendió la luz… Durante unos segundos, estuvieron contemplando a Katherine, que, en efecto, dormía. Pero, sin duda debido a la luz, pronto se removió, murmuró algo, abrió los ojos… Se sentó velozmente en la cama, sobresaltada. Y en seguida vio a Milton y Melisa.

—Ah… Hola, Melisa. ¿Qué…, qué pasa? ¿Qué hora es?

—No sé —dijo la desconcertada Melisa.

Milton agarró una sillita, y la acercó a la cama de Katherine, sentándose muy cerca de ésta, sonriente.

—Deben ser las dos, o algo así.

—¿Las dos? Bueno… Pero ¿qué pasa?

—Ya, nada. Pero han pasado muchas cosas. Y puedo decirle que ya no debe preocuparse, Katy: nadie vendrá a matarla.

Katherine abrió mucho los ojos. Miró a Melisa, y de nuevo a Milton.

—Me… me alegro de saber eso… ¿Quiere decir que… que han detenido ya al… al…?

—Eso es algo que se tendrá que aclarar. De momento, sólo ha sido detenido el señor Everitt.

—¿Quién? —Palideció Katherine.

—Waldo Everitt.

—Pe… pero…, ¿por qué?

—Por contrabando de drogas. ¿Usted no sabía esto, Katy?

—¡Claro que no! —chilló ella—. ¡No entiendo nada de lo que usted está diciendo! ¡Debe estar loco! ¡Waldo no haría jamás…!

—Es cierto, Katy —dijo Melisa.

—Pe… pe… pero no… no es posible… ¡Oh, Dios mío!

—Me temo que no he sido muy amable al despertarla para decirle esto —frunció el ceño Milton—. Pero me pareció que usted está muy interesada en el señor Everitt, y… Bien, creo que me he portado de un modo estúpido. De todos modos, se habría enterado mañana, y al menos, esta noche habría dormido tranquilamente.

—Oh, Dios mío, Dios mío —gemía Katherine Ryder—. ¡Por contrabando de drogas! ¡Se va a pasar el resto de su vida en la cárcel por eso…!

—Pues… no creo. Le he mentido, Katy.

—¿Me… me ha… mentido? —Apareció la esperanza en los ojos de Katherine.

—Sí. En realidad, Waldo Everitt no ha sido detenido, sino muerto, al resistirse a la policía. Yo he sido quien lo ha descubierto todo, fisgando en…

El alarido de Katherine Ryder sobresaltó tanto a Melisa que ésta dio un salto hacia atrás, y estuvo a punto de caer sentada al suelo… Mientras tanto, Katherine saltó de la cama, abalanzándose contra Milton como enloquecida, aullando, lanzándole zarpazos al rostro, evidentemente dispuesta a sacarle los ojos… Pero Milton apenas sufrió una leve rozadura en una mejilla, pues saltó rápidamente hacia atrás, derribando la silla, y dejando espacio para que Katherine cayese al suelo.

Pareció que fuese de goma, por la rapidez con que rebotó, para lanzarse de nuevo contra Milton, que se apartó, dejándola pasar convertida en una fiera furiosa, siempre aullando, semidesnuda fuera de las órbitas los ojos… Chocó contra el tocador, se revolvió, y de nuevo atacó a Milton. Sus alaridos eran tales que cuando el sargento Faulkner y Fellows aparecieron en la puerta del dormitorio, armas en mano, estaban demudados.

—¿Qué pasa? —gritó Faulkner—. ¿Qué…?

La mano derecha de Katherine se clavó en una mejilla de Milton, que decidió no soportar más aquellas enloquecidas embestidas que podían costarle un ojo. Así que recibió a Katherine con un gancho en la barbilla, que la levantó del suelo, la hizo girar, y la derribó de espaldas, sin sentido.

—¡Por todos los demonios! —vociferó Faulkner—. ¿Qué pasa aquí?

—¡No se mueva! —amenazó Fellows a Milton con su revólver.

Milton ni siquiera le miró. Fue a la cama, aparto la almohada, y se quedó mirando las pequeñas llaves que habían allí. Estuvo unos segundos inmóvil, como petrificado. Luego, giró, y se sentó en el borde de la cama, con los ojos muy abiertos, como alucinado.

Melisa había conseguido reaccionar por fin, corriendo hacia Katherine, igual que Faulkner, que la estaba incorporando, y dándole unas palmadas en las mejillas.

—Señorita Ryder… ¡Señorita Ryder!

En la puerta, Fellows seguía apuntando a Milton, pero éste no se daba cuenta. No se daba cuenta de nada, no veía nada, no oía nada… En realidad, su mente no estaba allí, no se ocupaba de los actuales acontecimientos, sino de otros, ocurridos tres días atrás… ¿O eran cuatro? ¿O todo había sucedido hacía un millón de años?

—¡… ton! ¡Milton! ¿Qué te pasa?

Milton Kovacs parpadeó. Vio a Melisa, que estaba ante él, sacudiéndole por un hombro. Lógicamente, la muchacha estaba asustada por lo sucedido, pero aún más, desconcertada. Milton desvió la mirada, y vio a Katherine sentada todavía, auxiliada por Faulkner. Katherine aún estaba aturdida, pero eso era ya sólo cuestión de segundos… Unos segundos que Milton dejó transcurrir antes de girar la cintura, tomar las llaves que había descubierto bajo la almohada, y alzarlas, mostrándolas a Katherine Ryder.

—¿Por qué? —musitó—. ¿Y por qué la ayudó el otro?

—¡Porque lo quería para mí, porque lo amaba, y quería ser su esposa, y ser rica…!

—Santo cielo… Pero ¿por qué la ayudó Jeremy Morris?

—¡Porque le prometí que cuando estuviese casada con Waldo conseguiría que éste le dejase como director único del Whiskyrama, cosa que ella jamás habría hecho!

—¿De qué están hablando ustedes? —balbució Faulkner, todavía arrodillado junto a Katherine.

Milton le miró, pero no le contestó. De nuevo, su mente se alejó de allí. No hay nada tan rápido como el pensamiento. En una millonésima de segundo, con la mente, podemos regresar a un recuerdo. En menos de un segundo, podemos recordar prácticamente todo lo que nos ocurrió un día. En un tiempo increíblemente breve, una mente puede revivir sucesos ocurridos

tiempo atrás…

* * *

Jeremy Morris debía haber entrado en el Selim Club seguramente a primera hora.

Posiblemente, fue al despacho, dijo que debía arreglar allí algunos asuntos, cosa que cualquiera tenía que considerar normal y corriente, teniendo en cuenta que era el secretario de Waldo Everitt, y fue a encerrarse en el despacho durante un rato, para dar verosimilitud y lógica a su visita al Selim Club.

Después de estar allí el tiempo que consideró adecuado, salió, saludó a unos y a otros, y dijo que se marchaba. Como no quería cruzar la sala y saludar a más gente, optó por la salida de artistas. Salió…, y entró de nuevo, asegurándose de que nadie le veía. ¿Adonde había ido entonces?

Desde luego, no al despacho. Tampoco a la sala.

Tuvo que ir a algún sitio donde nadie le viese, y, desde luego, donde pudiese permanecer largo tiempo sin que nadie se acercase por allí. Considerando el gran movimiento que había en el Selim Club, solamente había un lugar que reuniese esas condiciones: la azotea.

A la azotea se podía llegar, ciertamente, desde el pasillo donde estaban los focos, pero, para subir allí, tenía que pasar cerca de alguien que le vería. Por tanto, tuvo que elegir otro camino. Este camino sólo podía ser la fachada posterior del club, la que daba al patio donde se apilaban cajas y más cajas, cosa que había sido comprobada. Sólo había que llegar al patio por la puerta del fondo, apilar las cajas necesarias, y subir al tejado…

Desde allí, era facilísimo, lógicamente, llegar a la puertecilla que comunicaba con el pasillo alto de los focos, con el altillo. Que estuviese cerrada o abierta no había significado ningún problema para Jeremy Morris.

Así que, entró de nuevo en el club, aposentándose en el altillo de los focos.

Y esperó.

Esperó todo el tiempo que fue necesario, convencidísimo, y con razón, de que nadie subiría allí, excepto Gurley, en los momentos precedentes y siguientes a la actuación del mago: En estos

momentos, simplemente, Jeremy Morris permaneció en la azotea. Cuando Gurley terminó su trabajo, regresó al altillo. Ya, nadie más subiría allí por ningún motivo.

Poco después, aparecían las *Boom-boom* Girls en el escenario-pista. Música, ruido, aplausos…

En el altillo, Jeremy Morris comenzó a montar el rifle que debía llevar en un portafolios, en una caja, en un paquete… Eso no tenía importancia. Abajo, las *Boom-boom* Girls bailaban vertiginosamente. Arriba, Jeremy Morris terminó de montar el rifle, colocó el silenciador, y apuntó a la tercera chica de la izquierda.

Era un blanco facilísimo. A menos de treinta metros, iluminada por los focos, la tercera chica de la izquierda debió ser para un tirador mediano como un blanco gigante. Era imposible fallar el disparo.

Y quizá, en aquel momento, Jeremy pudo tener una vacilación.

Iba a cometer un asesinato… ¿Valía la pena?, se habría preguntado, quizá. Entonces, había que valorar el premio ofrecido: un club próspero, como el Whiskyrama, que quedaría absolutamente bajo su control en cuanto Katherine Ryder se hubiese casado con Waldo Everitt…

—Yo simularé estar enferma —debía haber dicho Katherine—. Le pediré a Carol que me sustituya, ya que sólo se trata de la última noche, de una sola vez. Le divertirá, sé que aceptará… Le hará gracia volver al escenario. Saldrá en mi lugar, así que no puedes equivocarte: será la tercera de la izquierda.

—¿Y si luego Waldo no se casa contigo? ¿Qué habremos ganado?

—Deja eso de mi cuenta. De todos modos, si algo queremos, algo tenemos que arriesgar. Si lo conseguimos, los dos saldremos ganando. Si no lo conseguimos, habrá muerto Carol, pero… ¿qué nos importa eso a nosotros?

—Quizá no valga la pena el riesgo. Si Waldo no se casa contigo…

—Lo hará. Sé cómo tratarlo. ¡Sé que lo conseguiré! Y tú podrás hacer lo que quieras en el Whiskyrama, hasta que yo consiga que Waldo te lo ceda…, y lo pagarás con el dinero que le habrás ido estafando mientras tanto. Piénsalo bien, Jeremy.

Estaba pensando.

Jeremy estaba arriba.

Abajo, moviendo las hermosas piernas, la tercera chica de la izquierda era el obstáculo entre él y las promesas de Katherine Ryder.

El único obstáculo.

Sólo tenía que apretar el gatillo.

Y lo hizo.

Plof…

Un simple chasquido, y una bala penetraba en el pecho de Carol Larkin, derribándola muerta. Era imposible que alguien hubiera oído el chasquido del disparo efectuado con silenciador, por entre la música. Jeremy Morris se dirige inmediatamente hacia la puertecilla, sale a la azotea, y desde el borde de ésta salta, no de nuevo al patio, sino fuera del club, a la calle. Para cuando lo sucedido en el club trascendiese al exterior, él ya estaría lejos. Y cuando llegase la policía, aún estaría mucho más lejos.

Ahora, la coartada.

La coartada que han preparado entre él y Katherine. ¿Acaso no es lógico que el secretario del propietario de tres clubs visite a una de las simpáticas chicas del *Boom-boom* Girls al enterarse de que está enferma?

—Después de matarla, vienes a mi apartamento —habría dicho Katherine—. Diremos que yo te llamé al tuyo, porque no conseguía localizar a Waldo, al cual quería pedirle que me disculpase por haber pedido a Carol que me sustituyera, pues quizá a él no le gustase… Pero, al no encontrar a Waldo, te llamo a ti. Y tú, al enterarte de que estoy enferma, vienes a visitarme. A la hora en que ha muerto Carol, tú estabas conmigo. Los dos, en mi apartamento, conversando. Pero no dejes el rifle en el coche. Hay que esconderlo. Lo traes, lo meteremos en mi equipaje, y, cuando yo esté viajando en el yate de Waldo, aprovecharé la primera ocasión para tirarlo al mar. Jamás nadie podrá encontrarlo. O, mejor aún, como yo saldré a reunirme con Waldo en una lancha, llevando todas mis cosas, tiraré entonces el rifle al agua, antes de llegar al yate. Waldo me dejará una lancha, que me estará esperando en el embarcadero. Haré cargar en ella mis cosas, y, entre ellas, el rifle. Es fácil, Jeremy. Pero recuerda: en cuanto la hayas matado, vienes a mi apartamento. De este modo, los dos tendremos una coartada

perfecta.

—Pero… ¿y esa chica que vive contigo?

—Oh, yo me las arreglaré. La enviaré a cualquier sitio, con un pretexto u otro, de modo que podremos decir que llegaste en cuanto ella se marchó, a una hora mucho más adelantada que la en que mates a Carol. Encontraré un pretexto para enviar fuera a Melisa, ya verás. Te estaré esperando sola.

—¿Será lógico que me hayas abierto la puerta? Lo normal es que si no te encuentras bien, no contestes al timbre.

—Oh, no seas tonto. Puedo decir, por ejemplo, que creí que era Melisa, que había olvidado algo. O que tú me habías dicho que ibas a venir, y que me pareció mal rechazar tu amabilidad…

—Está bien: lo haré.

Así que, hay que cumplimentar la coartada.

Jeremy Morris se dirige con su coche hacia South Glades Drive. Lo deja por allí, y sube al apartamento. Evidentemente, no pudo estacionar delante del edificio, ni en el embarcadero. O quizá, el coche estaba allí hacía días, pero… ¿quién conocía el coche de Jeremy Morris? Él, y quizá algún amigo, o Waldo Everitt. Pero era seguro que éste no lo había visto, no había reparado en la presencia del coche de su secretario en las proximidades del domicilio de Katherine cuando fue a ver a ésta después del asesinato de Carol Larkin.

Y si no había visto el coche de su secretario, no era porque éste se hubiese marchado ya, pues entonces, ¿de qué servía la coartada? Era, simplemente, que el coche seguía allí, pero que nadie se había fijado en él.

Y el coche debía seguir por allí, muy cerca, por la sencilla razón de que Jeremy Morris no se había marchado. Debía seguir por allí hasta que Katherine Ryder, ya «repuesta» de su catarro, lo llevase a cualquier otro lugar, antes de ir con la lancha a alcanzar el yate de Waldo Everitt.

No.

Jeremy Morris no se había marchado. Pero, tampoco lo habían encontrado con Katherine, ésta no lo había utilizado como coartada; la cual habría servido para alejar las hipotéticas sospechas de ambos. Cuando habían llegado al apartamento, Katherine Ryder estaba sola, en la cama, leyendo.

¿Dónde estaba Jeremy Morris?

¿Por qué no había estado allí, con ella, para «asombrarse» y «aterrarse» por lo sucedido mientras ellos dos conversaban amigablemente?

¿Adonde había ido Jeremy Morris…?

¿Adonde?

¿Adonde?

¿Adonde?

* * *

—Le he hecho una pregunta, señor Kovacs —insistió el sargento Faulkner.

—¿Eh…? —Regresó la mente de Milton al momento presente.

—¡Le pregunto qué de qué están hablando ustedes!

Ah… ¿Era eso… todavía? ¿Había pensado tantas cosas en tan corto espacio de tiempo? ¡Increíble!

—Estamos hablando del asesinato de Carol Larkin. Y del asesinato de Jeremy Morris.

—¿De quién? —Se pasmó Faulkner.

—Jeremy ˆMorris. Estoy seguro de que su coche debe estar todavía cerca de aquí, ya que la señorita Ryder no ha podido salir para llevárselo a otro lugar. No ha podido salir, ni hacer nada de lo que ella hubiese querido hacer, porque sucedió algo con lo que no contaba: la presencia en su apartamento de un policía, para custodiarla. Con un policía aquí, y otro en la calle…, ¿cómo podía ella hacer nada? Tenía que esperar a marcharse en la lancha…, regresar a los pocos minutos, cuando ya los dos policías se hubiesen alejado, y entonces llevarse el coche. Luego, se habría ido definitivamente con la lancha, para alcanzar el yate de Waldo Everitt. Y antes de llegar, ya se habría deshecho del rifle y del cadáver, tirándolos al mar. ¿Comprende?

—¡Claro que no! —aulló Faulkner—. ¡No comprendo nada!

—Vea estas llaves —las mostró Milton—. El otro día escuché su sonido, bajo la almohada de Katherine Ryder. Pensé al respecto ciertas cosas que no vienen al caso… Luego, supongo que pensé que eran unas llaves cualquiera de Katherine. Podían ser las del apartamento, las del coche… Pero, al llegar ahora, he visto las del apartamento colgadas junto a la puerta. Y por fin, ¡he comprendido!

Aquellas llaves no eran las del apartamento. ¿Las del coche? Bueno, a mí me parece absurdo, ahora que lo pienso, el hecho de que una persona ponga unas llaves bajo la almohada, ¿no cree, sargento?

—Pues…, sí. Sí, supongo que sí.

—Pero ella tenía estas llaves bajo la almohada.

—¿De dónde son?

—Primero, piense. ¿No es extraño esconder unas llaves? Si se hace, es por algún motivo lógico. Y ese motivo es que nadie las utilice, naturalmente. Bueno, ¿qué podía tener de malo que alguien viese estas llaves? Pues se lo diré: que quisiera utilizarlas. ¿Y sabe quién habría podido utilizarlas, quizá con la buena intención de ayudar a la señorita Ryder?

—No. ¿Quién?

—Melisa —la señaló Milton—. Podía haber traído por fin las ropas de Katherine del Selim Club, y decirle: «Aquí está esto, Katy. No te molestes, querida, yo misma te las pondré en el baúl…».

El sargento Faulkner parpadeó. Su mirada se desplazó velozmente hacia el baúl. Volvió a mirar a Milton, miró a Katherine, todavía sentada junto a él. Volvió a mirar a Milton… Se puso en pie, fue hacia él, y le quitó las llaves.

Fue al baúl, lo abrió…, y se apartó, respingando, cuando la gran bolsa de plástico cayó ante sus pies. Una enorme bolsa de plástico, cuya boca estaba sólidamente cerrada, sujeta con finos y fortísimos cordeles.

—Será mejor que no la abra aquí, sargento —susurró Milton—, hace tres días que está muerto, y si no hemos olido a… cadáver es porque la señorita Ryder pensó en todo: incluso en la bolsa de plástico, para meterlo dentro y que nadie percibiese el inevitable e inconfundible hedor a muerte. ¡Pobre hombre…! ¿Cómo había de suponer que, desde el primer momento, él también estaba condenado a muerte, que le iban a matar con su propio rifle, que lo tirarían al mar…?

—¿Hay un cadáver dentro de la bolsa? —musitó Faulkner.

—Desde luego.

—Pero… el cadáver, ¿de quién?

—Del asesino de la tercera chica de la izquierda. Es decir, de uno de sus dos asesinos. El que disparó… El otro asesino, simplemente, está sentado en el suelo, ante usted.

ESTE ES EL FINAL

Debían ser las tres de la tarde cuando Milton Kovacs dio la propina al botones del Royal Hotel de Nassau, en las Bahamas. Lo despidió con una amable sonrisa, saliendo con él al pasillo, para colgar en la puerta el simpático cartelito de «no molesten».

Hecho esto, entró en la estupenda *suite cara* a las fantásticas arenas de color rosa. Cerró la puerta con llave, y se quedó allí, pensativo.

—Vamos a ver —dijo en voz alta—. Todo está en orden, según creo. Pero procedamos sistemáticamente… El asunto trabajo, bien: ya soy inspector de seguros, con un sueldo excelente, y tengo quince días de vacaciones. El asunto asesinato, bien: la policía ha obtenido de mí todas las declaraciones que necesitaba, y el teniente Lippman me ha dicho que podía ya ir adonde quisiera, motivo por el cual, estoy aquí… ¡Je, je! Asunto seguros, bien: no sólo Melisa me firmó la póliza que completaba la cantidad necesaria, sino que además, el señor Shannon me felicitó, y me dio una prima extra por haber demostrado tan brillantemente mi condición de investigador… Hasta aquí, vamos bien. Asunto faldas, requetebién: tengo en el dormitorio a una chica que está como un tren, y que, ciertamente, no es una muñeca hinchable, según espero que me demuestre muy pronto… Hasta aquí, bien, bien, bien. No descuidemos detalle alguno. Procedamos, procedamos…

Se aseguró de que la puerta estaba cerrada, colocó un sillón detrás, descolgó el teléfono…

—Ji, ji —se frotó las manos—. ¡Ji, ji, ji! ¡Perfecto!

Entro en el dormitorio.

—Carambolas —exclamó—. ¿Dónde estás?

—En el baño, mi amor —le llegó la voz de ella.

—Ajajá…

Fue al ventanal, cerró las persianas, corrió las cortinas. El teléfono del dormitorio no funcionaría, puesto que había descolgado el auricular del otro, pero descolgó éste también.

—Perfecto… ¡Esto está hermético!

—¿Decías algo, mi amor?

—No, qué va… Cosas mías. No tiene importancia.

¿Quedaba algún detalle? No. Nada. Todo estaba perfectísimo. Y mientras afuera lucía el sol, allí dentro había una penumbra sencillamente de éxtasis. Fue a la cama, la abrió, miró alrededor… De éxtasis. ¡De éxtasis!

Se desnudó rápidamente, se puso el gracioso pijama corto, y volvió a frotarse las manos.

—Nena —llamó—, ¿ligamos?

—Voy en seguida, querido.

La vio salir del cuarto de baño. Llevaba una camisita que era… era… ¡era de éxtasis! Cortita, ligerita… Cuando cruzó la zona de penumbra, la tela se transparentó como puro cristal… Tres segundos después, los bracitos que parecían de seda tibia rodeaban su cuello, y la dulce voz de Melisa penetraba como un arrullo en sus oídos:

—Sólo son las tres de la tarde… ¿Qué podríamos hacer, hasta la hora de la cena?

—No habrá cena. Si acaso, desayuno. Y ahora que por fin estamos solos…

«—¡Milton, te falta una póliza para el tope!» —gritó una voz, en alguna parte.

Y de ese mismo lugar llegó otra voz:

«—¡Señor Kovacs, no hurgue con ganzúas en cerraduras ajenas, o lo meto en la cárcel para toda la vida!».

«—¡Señor Kovacs, queda usted detenido!».

«¡Triliiinnnggg! ¡Din-dong! ¡Din-dong!» —sonó un timbre.

«—¡Quiero un seguro de vida!» —tronó otra voz.

—Pe… pe… pe… pe… pero… ¿qué…, qué es esto? —pudo gemir por fin Milton Kovacs, aterrado—. ¿Qué pasa en el cuarto de baño, quién…, quién hay ahí…?

Las voces, los timbres y los gritos seguían sonando, pero no impidieron que escuchase la voz de Melisa:

—Como me dijiste que te gustaban las chicas con sentido del humor, he querido tener más que ninguna, y se me ocurrió pedirles a tus amigos que me hiciesen esta grabación… ¿Te parece suficiente sentido del humor?

—¡Es un magnetófono! —aulló Milton—. ¡Lo voy a hacer pedazos, lo pisotearé, lo haré papilla, lo…!

—No seas tonto, maridito mío —los labios de Melisa Kovacs rozaron los suyos—, todo está calculado para que esa grabación se… autodestruya… en muy pocos segundos, y pod…

La señora Kovacs no pudo decir nada más…, porque, finalmente, el señor Kovacs había conseguido su objetivo. Evidentemente, había ligado.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…